

Babel

REVISTA DE ARTE Y CRITICA

MARZO - ABRIL, 1947

SUMARIO

LEON FELIPE: COMUNION ¶ GONZALEZ
VERA: EN EL CLUB DE SEPTIEMBRE
¶ ERNESTO MONTENEGRO: ALGUNOS
AMIGOS MENOS ¶ MANUEL ROJAS: LA
LITERATURA Y EL HOMBRE ¶ HORACIO
QUIROGA: PAZ ¶ ENRIQUE ESPINOZA:
UN GAUCHO DANES ¶ JENS PETER
JACOBSEN: LA SEÑORA FONSS

SANTIAGO 38 DE CHILE

GUIA DE LIBREROS

LIBRERIA APOLO

Pasaje Matte 88 - Tel. 66727

TODO LO QUE SE
LEE EN ESPAÑOL

LIBRERIA NASCIMENTO

San Antonio 240 - Tel. 32062

LAS MEJORES EDICIONES
NACIONALES Y EXTRANJERAS

LIBRERIA CRUZ DEL SUR

Bandera 445 - Tel. 88118

EDICIONES CRUZ DEL SUR

LIBRERIA PLUS ULTRA (Ex-Librería Ercilla)

*Agustinas 1639 - Tel. 62222
Casilla 9351*

LIBROS EN TODAS LAS RAMAS
DEL SABER HUMANO

LIBRERIA CULTURA

*Catedral 1039 - Tel. 68813
Casilla 4130*

AHORA A VEINTE PASOS DEL
CORREO Y DE LA PLAZA DE
ARMAS

LIBRERIA SALVAT

Agustinas 1043 - Tel. 84734

LIBROS TÉCNICOS Y LITERATURA
GENERAL

EDITORIAL DEL PACIFICO — S. A. —

*Ahumada 57 - Teléfono 89166
Casilla 3126*

LIBRERÍA.—SALA DE
EXPOSICIONES

DISPONIBLE

LIBRAIRIE FRANCAISE

*Estado 36 - Tel. 80504
Casilla 43 D.*

LITERATURA, CIENCIAS, ARTES Y
LIBROS TÉCNICOS EN FRANCÉS.
EN LENGUA ESPAÑOLA TODAS
LAS NOVEDADES

LIBRERIA SENECA

*Huérfanos 836 - Tel. 23698
Casilla 13171*

LIBROS TÉCNICOS Y
LITERATURA EN GENERAL

LIBRERIA LA OCASION

San Diego 125 - Tel. 89608

LIBROS RAROS, EDICIONES
CHILENAS AGOTADAS

DISPONIBLE

EL LIBRO: UN REGALO DIGNO Y PERDURABLE. PREFIERALO Y ELIJALO
ENTRE LAS EDICIONES NACIONALES \ CAMARA DE EDITORES DE CHILE

DEPARTAMENTO DE PUBLICACIONES DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE

LIBRERIA UNIVERSITARIA

Edificio de la Universidad de Chile, Alameda B. O'Higgins N.º 1058,
2.º Piso, Casilla 10 - D. Teléfono 82451

OBRAS EN VENTA APARECIDAS RECIENTEMENTE:

ANABALON S., Carlos, <i>Tratado Práctico de Derecho Procesal Civil Chileno, 2 gruesos volúmenes.....</i>	\$ 400.-	GONZALEZ, Angel Custodio <i>Del Amor Cautivo (Sonetos) Premio de la Sociedad de Escritores de Chile. Poesía inédita.....</i>	\$ 35.-
DOMEYKO, Ignacio, <i>Memorias (Recuerdos de un emigrado). Vol. I.—Traduc- ción al castellano de la ver- sión francesa por D. Manuel de Ferrari (Juan Carrera)..</i>	60.-	JESCHKE, Hans <i>La generación de 1898 en España. Traducción y notas de D. Y. Pino Saavedra...</i>	50.-
GAETE B., Alfredo, y otros <i>La Seguridad Social.....</i>	40.-	MARSHALL, Enrique <i>La Ciencia de la Economía, 2.a edición. 2 tomos.....</i>	160.-

SE RECIBEN OBRAS EN CONSIGNACION - SE HACEN
ENVIOS CONTRA REEMBOLSO - SOLICITE CATALOGOS

OPTICA MAIER

OPTICO AUTORIZADO

SE DESPACHAN RECETAS DE LOS MEDICOS
OCULISTAS

AGUSTINAS 853, ENTRE ESTADO Y SAN ANTONIO

Tel. 31145 SANTIAGO Casilla 4163

¡YA NO ES NECESARIO LLEVAR DINERO CONSIGO!

UTILICE EL

CHEQUE DE VIAJE

INFORMESE DE SUS CONVENIENTES CONDICIONES
EN LAS ESTACIONES Y OFICINAS DE PROPAGANDA

DE LOS

FERROCARRILES DEL ESTADO

PIELES

Laudur

CASA DEDICADA EXCLUSIVAMENTE A LAS
PIELES DE LAS MAS ALTAS CALIDADES

HUERFANOS 1020

Babel

REVISTA DE ARTE Y CRITICA

FUNDADA EN BUENOS AIRES EN ABRIL DE 1921

Director: Enrique Espinoza

Comité asesor: Manuel Rojas, Luis Franco, González Vera,
Lafn Díez y Mauricio Amster (Gerente)

Precio del número. \$ 10 mlch.

Suscripción a 6 números. \$ 50 mlch.

FUERA DE CHILE:

Precio del número. 0,35 ujs.

Suscripción a 6 números. 2,00 ujs.

Toda la correspondencia de BABEL debe dirigirse a Av. Bernardo O'Higgins 2555, Stgo. Cheques o giros a nombre de Mauricio Amster

Viajar

A BUENOS AIRES NO CONSTITUYE
UN PROBLEMA

UD. PUEDE HACERLO EL DIA QUE LO DESEE

La Línea Aérea Nacional mantiene un servicio diario de aviones modernos entre Santiago y Buenos Aires que cubren la distancia que separa a estas dos capitales en un cómodo viaje de 3½ horas.

LINEA AEREA NACIONAL. CHILE

EDICIONES «LETRAS DE MEXICO»

Publica Mensualmente:

EL HIJO PRODIGO

Revista Literaria

Fundador: OCTAVIO G. BARREDA

Director: XAVIER VILLAUURUTIA

Tarifa

En México, Centro y Sudamérica *En otros países*

Precio del ejemplar. \$ 1.50 MEX. Dlls. 0.50

Suscripción anual (12 núms.). . . \$ 15.00 MEX. Dlls. 5.00

ADMINISTRACION

Palma 10, Desp. 52. Apartado Postal 1994. México, D. F. MEXICO

ESTABLECIMIENTOS

GASTON RUDDOFF S. A.

*Confecciones finas para caballeros,
jóvenes y niños*

SANTIAGO, SALVADOR SANFUENTES 2853

FONOS 90274 y 94298

Colaboradores

LEÓN FELIPE.— Nuestro ilustre huésped ha repartido su actividad creadora de poeta entre América y España. En el último decenio ha publicado en México: *El payaso de las bofetadas y el pescador de caña*; *El hacha*; *Español del éxodo y del llanto*; *Ganarás la luz*; y una traducción del *Canto a mí mismo* de Whitman, en Buenos Aires. Sobre León Felipe véase un ensayo de Luis Cardoza y Aragón en el N.º 9 de BABEL.

GONZÁLEZ VERA.— «En el Club de Septiembre», pertenece a la misma serie de «Estudiantes del año veinte» (N.º 28); «Mis relaciones con la religión» (N.º 35) y «Aprendiz de barbero» que saldrá en nuestra próxima entrega.

ERNESTO MONTENEGRO.— Autor de *Puritania* y *Mi tío Ventura*, ha publicado, entre otros, los siguientes trabajos en BABEL: «Hudson, novelista de la naturaleza» (N.º 18); «Integridad de Baldomero Lillo» (N.º 22); «A buen Sarmiento, mala podadera» (N.º 31); «Los dos Pontífices» (N.º 33); y «Los Recuerdos del Pasado» (N.º 36).

MANUEL ROJAS.— Su ensayo sobre «La literatura y el hombre», data de principios de 1937 y fué escrito especialmente para el órgano de la Sociedad de Escritores de Chile, *Sech* (hoy inencontrable). Lo reproducimos en el décimo aniversario de la muerte de Quiroga, después de aplazar para otra ocasión el número especial que anunciamos.

HORACIO QUIROGA.— 1879-1937. BABEL ha publicado algunos de sus trabajos no recogidos en volumen como «Los precursores» (N.º 1); «El soldado» (N.º 13); «Sinfonía heroica» y una carta inédita (N.º 20). Todos corresponden a la misma índole de «Paz», el apólogo que insertamos en este número.

ENRIQUE ESPINOZA.— Ha publicado: «Horacio Quiroga o el hombre de la selva» (*Trinchera*); «Diez minutos con el autor de «El Salvaje» (*La vida literaria*); «Trayectoria de Horacio Quiroga» (*Atenea*); «Algunos recuerdos personales» (*Sech*); «Notas sobre la narrativa de Horacio Quiroga» (*Revista Cubana*); y en BABEL: «El regreso de Horacio Quiroga» (N.º 20).

JENS PETER JACOBSEN.— 1847-1885. Uno de los más grandes escritores daneses del siglo XIX. Su cuento titulado «La señora Fonss», lo escribió en 1882 y es la primera vez que se traduce al castellano. Hicieron la traducción las señoras Gisela Thierry de Guldman y Odette Corbeaux.

Babel

REVISTA DE ARTE Y CRÍTICA

MARZO - ABRIL 1947

AQUÍ SE CONFUNDE EL TROPEL
DE LOS QUE A LO INFINITO TIENDEN
Y SE EDIFICA LA BABEL
EN DONDE TODOS SE COMPRENDEN.

Rubén Darío

NÚMERO 38 VOLUMEN X

SANTIAGO DE CHILE

NO SABEMOS CUAN ALTOS SOMOS
HASTA SER LLAMADOS A ELEVARNOS;
SI ENTONCES SOMOS FIELES A NUESTRA INDOLE
NUESTRA ESTATURA TOCA EL CIELO.

EMILY DICKINSON

León Felipe
COMUNION

*En alguna parte se ha dicho:
Dios se come a los hombres
y los hombres un día se comerán a Dios.*

*Y también está escrito:
no es más que un pez el hombre
en su mar de tinieblas y de llanto.*

*Y en alguna otra parte se pregunta:
¿para qué está allá arriba sentado
en el alto cantil de las nubes heladas
ese Gran Pescador?
¿para qué está allá arriba
con su cebo,
su anzuelo
y su larga caña de pescar
ese Gran Pescador?*

*¿No es más que un pez el hombre,
un pez para las brasas del infierno
y para que después, «puro y dorado»,
se lo coma allá arriba
ese Gran Pescador?*

Y ahora... aquí... el pez... el hombre es el que arguye:
 un día me tragaré el mar...
 toda el agua del mar...
 todas las tinieblas del mar como una perla negra...
 un día me tragaré el mar
 toda el agua del mar
 toda la amargura del mar como una sola lágrima...
 y dejaré al descubierto
 el cebo
 el anzuelo
 y la larga caña de pescar
 de ese Gran Pescador
 ¡toda su mentira y su verdad!
 Luego me sentaré a llorar sobre la última roca seca del
 a llorar, a llorar otra vez [mundo
 hasta llenar de nuevo la tierra
 con otro mar inmenso
 mucho más negro
 y mucho más amargo que el de ahora...
 con otro mar que llegue hasta los cielos,
 anegue las estrellas
 y ahogue a ese Gran Pescador
 con su cebo
 su anzuelo
 y su larga caña de pescar.
 Entonces
 yo seré el pescador
 y Dios, el Gran Pez, sorprendido y pescado.
 Aquel día el hombre... todos los hombres se comerán a Dios.
 Será el día... el Gran Día de la verdadera
 de la gloriosa
 y de la sagrada comunión.

La Paz—Bolivia—Diciembre, 1946.

EN EL CLUB DE SEPTIEMBRE

A Roberto Aldunate

ACOMPAÑABA a un tal Segundo, sujeto gordo, carirredondo, muy chistoso. El doctor vivía en la casa que ahora ocupa *La Opinión*, residencia con bastante mármol blanco, muy limpia, muy aséptica. No nos hizo esperar. Estaba sentado detrás de su escritorio ministro, sobre el cual alzábase un moderado globo terráqueo. Era el doctor más blanco todavía que su casa. Usaba anteojos grises y su mirada alejaba toda idea de bromear. Tenía cara angosta, larga, con barba cuadrada como remate. Era delgado, pulcro. Por su actitud parecía solterón y, por el ambiente en que se movía, comprendí que debía vivir, por lo menos, con dos hermanas tanto o más asépticas que él.

Segundo comenzó a decirle que venía a solicitar su ayuda para la Olla del Pueblo, claro que en más palabras, porque era hombre retórico. El facultativo mirólo ligeramente y lo dejó hablar. Después se desentendió de su presencia. A mí sí que me observó con fijeza. Cada dos o tres minutos decía:

—¿Pero, qué hace este niño?

No es ocioso advertir que yo era más enjuto que el galeno, más pálido y mi vestido fué nuevo años antes. No daba la sensación de ser hijo de obrero sólo por llevar corbata. En mi casa las hubo en abundancia. Mi padre, en un período de prosperidad, acumuló tantas que le habrían alcanzado para cien años. Las muy usadas las empleábamos, uniendo dos, de cinturón.

—¿Pero, este niño qué hace?

Segundo, aunque el médico dejó de mirarlo en definitiva, seguía haciendo la apología de los pobres, cuyo trabajo en las salitreras es penoso, trabajo que enriquece a caballeros que toman cerveza en Alemania o whisky en Estados Unidos.

—Este niño me preocupa...

El doctor puso un codo sobre el escritorio y apoyó la sien derecha en su escuálida mano. En esa posición me examinó a fondo.

—Y tú ¿trabajas en algo?

No buscaba empleo, pero cuando uno confiesa que está cesante no declara que es por disfrutar de un poco de ocio. Además, sería un tanto inútil porque no hay comprensión,

ni siquiera entre personas cultas, para los pobres que deciden descansar. Nadie es capaz de aceptar que esto pueda ser razonable. Empero, se tolera que los ricos huelguen. Si alguien, al referirse a uno de éstos, pregunta:

—¿Qué hace don Pedro?

—¡Vive de sus rentas! — es la respuesta. En el caso del obrero o del empleado, se dice invariablemente:

—¡Es un ocioso!

Quizás haya cierta sabiduría, aunque repugnante, en tal manera de pensar. Si el pudiente vive de sus rentas está bien porque no sabe hacer nada con sus manos; en cambio, si el deseo de holgar le viniese, al mismo tiempo, a todos los trabajadores ¿qué podrían llevarse a la boca los rentistas, los militares, los políticos, los inválidos y cuantos no producen alimentos?

Segundo proseguía: cuando cesa la venta de salitre, los bebedores paralizan la Industria, y los pampinos pueden morir de hambre si nadie los favorece. Por tal motivo (trataba de extender el pliego de donaciones a fin de que el médico anotara su nombre y la suma que erogaría, pero como éste no le prestaba atención, pasábase el papel de una mano a otra)... Sabía que apenas callara tendría que irse. Hablando podía ocurrir que el facultativo, por desesperación, diese cualquier suma para ahuyentarlo. Mas, el médico no era ningún desesperado.

Si yo hubiese dicho al doctor que estaba entregado al ocio por gusto, es seguro que no me habría tomado por aprendiz de filósofo sino por haragán. Y ¿quién acepta que así se le moteje?

—¡Espérame a las siete en el Club de Septiembre!

Segundo quiso agregar nuevas palabras. No obstante, lo había dicho todo. Hasta se aventuró a profetizar que cuando se estableciera el socialismo estas crisis no tendrían sentido.

— Bueno... — dijo el médico y se puso de pie. Hice otro tanto, le dí las gracias y salí acompañado de Segundo, a quien el doctor, con su indiferencia, había convertido en algo abstracto.

Segundo tenía su criterio. Si entraba a un almacén y le daban, en vez de dinero, varios kilos de porotos o garbanzos cosechados mientras ocurría la revolución del 91, sin tardanza los mandaba a la Olla del Pobre. Con el dinero seguía otra norma. Lo entregaba día por medio, reservando parte para gastos de representación.

II

Recibí un empleo de lustrador y mozo del lavatorio. Me adiestró un muchacho vivaz, cuyo ideal era ser mensajero, tanto por ser oficio más variado, como por el estímulo de las propinas.

Llegué a ser un lustrador bastante pasable.

El administrador del Club era uno de esos individuos sin gracia que suele producir la mezcla de alemán y de chilena. Llamábase Eberardo Müller. Antes de cambiar una palabra le fuí antipático. Le correspondí como pude. Al personal lo miraba de soslayo, sin dar la cara. Frente a los socios poníase radiante y le fluía una sonrisa divina. Parecía otra persona.

Llegaba el doctor al anoecer — era director de turno — y, después de mirarme con sumo detenimiento, dirigíame contadas palabras. Lavábase sus manos dos veces. Las tenía flaquísimas y albas. Quizás era cirujano. Estos caen fácilmente en la manía de lavárselas doquiera vean agua. El doctor se las miraba con desaliento y optaba por enjabonárselas de nuevo. Es seguro que perseguía el ideal de la asepsia absoluta, cosa difícil en Chile donde por llover tan poco, el polvo, fuera de abundante, es tan fino que penetra hasta el alma. Se iba, luego de remirárselas, con semblante contrariado.

Por ser humano que uno quiera realizar bien su tarea, me encariñé con la lustraduría. Observé que el cliente, sentado, pone los pies más abiertos en las puntas. Parecióme bueno modificar los *patines*.

En el Club había carpintero. Era un viejo con bocio, severo, al cual le faltaba sólo la riqueza para ser un conservador perfecto. Lo llamé y le expliqué el cambio que debía efectuar. Mi proposición le causó tal extrañeza que salió como bólico en busca del administrador.

Llegaron. El carpintero estaba muy agitado y no me quitaba el ojo. Debí repetir al alemánote la explicación. Este, luego de hurgarse la nariz, acto estimulador de su actividad mental, díjome:

—¿De manera que si viene un socio con los pies echados hacia dentro, tu volverías a desatornillar los *patines*?

Encontré tan estúpida su reflexión y me indigné tanto que no pude articular palabra.

¡Comprendí entonces cuán difícil es hacer el bien!

III

Cuando me correspondía un domingo libre, almorzaba de prisa e íbame al Centro de Estudios Sociales Francisco Ferrer Guardia, que tenía su salón en calle Argomedo, calle apacible, habitada por gente de la clase media. La casa era muy amplia, con dos extensos patios. Antes la gente necesitaba más espacio. En el primero, al lado derecho, en una gran sala desconchada, con bancos rústicos y dos estantes de libros al fondo, nos reuníamos.

Todos eran obreros. Un domingo vino el señor Juan Ballesteros Larraín. Era el anarquista de mejor estampa que había conocido.

Leyó un largo trabajo sobre las carreras de caballos; empezó por decir que con éstas no se fomenta la raza caballar, porque el caballo útil es el de montura o el que arrastra carretones.

Después habló un joven delgado, bajo, moreno, de ojos muy brillantes y voz emotiva. Contó cómo había llegado caminando hasta Mendoza.

Era el poeta José Domingo Gómez Rojas. Aunque estaba a cinco metros de distancia respecto al sitio que yo ocupaba, lo sentí tan lejos, tan inaccesible, como si él hablara desde una colina y yo me hallase en la llanura. Espiritualmente era verdad.

IV

El lavatorio estaba en una larga galería de vidrio, que separaba el edificio del parque. Por ser primavera algunos caballeros almorzaban al aire libre.

Iba a diario uno alto y voluminoso. Sentábase con su socio, un caballero rubio, delicado. El primero devoraba cinco o más platos, amén de postre y vinos. Al final ingería una buena dosis de bicarbonato. Años después lo ví, en la calle, flaquísimo.

Otro asistente cotidiano era un señor Beytiaga, gordo, moreno, que debía de tener el antepasado español muy cerca, pues daba la impresión de estar viviendo horas definitivas o que realizaría, en un momento dado, algo muy tremendo. Era cincuentón, soltero y vagaba por los salones en busca de alguien a quien oír. Escuchaba con espantosa atención, como si su destino debiera decidirse luego.

Cuando estaba solo entraba al lavatorio, ordenaba los pelos de su bigote, corregía su corbata y se refrescaba las manos. Tenía un aire febriciente.

A veces ningún rostro amigo aparecía en la hora de almuerzo. Esperaba rómulo. Cuando fenecía su esperanza sentábase ante una mesa y despachaba un plato en un santiamén. Si mientras engullía llegaban conocidos metía la cabeza en el plato. Mas, cuando éstos se habían acomodado en otra mesa, les gritaba algo lisonjero a fuertes voces.

—¿Qué hace ahí solo? ¡Véngase con nosotros!

Conmovíale la voz de la amistad y presuroso se incorporaba al festín. Entre palabra y palabra consumía fiambres, postres, vinos y café.

Cuando el señor Beytiaga no tenía en el cuerpo sino su plato único, y nadie lo invitaba al resto, pasaba la tarde entera muy erguido y colérico.

V

Veía a Valdebenito con menos frecuencia. El me tenía simpatía y yo lo admiraba. Me llevó a su cuadro dramático y por primera vez presencié su ensayo. Los componentes del cuadro, además de sentirse artistas, tenían la afinidad que da el anarquismo. Dirigíalos un joven zapatero muy caviloso.

Solía asistir un hombre macizo, de pupilas dilatadas y bigotes canos que le subían por las mejillas. Respetábanle por ser autor de numerosas comedias y dramas sociales. Era un héroe del teatro obrero. En cuarenta años no hizo otra cosa que organizar cuadros y escribir obras.

El consueta era el más alto. No decía ni media palabra. Reservaba su voz para apuntar. Cuando terminaba volvía a callarse. Por tal motivo demoré muchísimo en saber que su nombre era Manuel Rojas.

Otros concurrentes eran artistas potenciales o empleados que, por pobreza, habían caído en la tentación de escribir un drama o diez. Esperaban su hora.

Los del cuadro modulaban con énfasis y empeñábanse en pronunciar las zetas y las sílabas finales. Más que libertarios sentíanse actores y ensayaban noche tras noche. Este privilegio les aligeraba el trabajo diurno.

Cuando leí que en la sociedad futura cada individuo podría desarrollarse hasta el máximo de su capacidad, pensaba en el enjambre de trabajadores que escriben versos, novelas o dramas; que son músicos o poseen inventiva mecánica y que no

pueden expresarse por la necesidad de ganarse su pan en cualquier faena rutinaria.

Valdebenito interpretaba papeles patéticos, cónsonos con su índole exaltada. En una obra debí aceptar un cometido que todos rehusaron por ser breve en exceso.

Aparecí en escena y dije:

— Miguel, le traigo esta carta...

Miguel era el propio Valdebenito. La abrió con urgencia y comenzó a tirarse el cabello, acompañando su acción con maldiciones sonoras.

Me senté a la mesa con dos artistas y nos servimos un plato de lentejas en conserva y sendos vasos de vino, que era agua.

Al concluir la comida el drama finalizaba, y Valdebenito, que todavía no era un comediante consumado, debía ingresar a la cárcel — injustamente — y cumplir una pena que le imponían capitalistas, jueces y policías que no figuraban en escena, pero cuyo poder era suficiente para perderlo. Valdebenito se entregó a la desesperación mayor un minuto antes del preceptuado en el libreto. Cuando debió hacerlo, su patetismo habíase relajado en demasía. Cayó el telón y Manuel Rojas fué saliendo poco a poco de la concha (dije cuán alto era) y le enderezó una mirada injuriosa. Hasta llegamos a temer que hablara.

VI

Cuando no había mensajeros debía suplirlos. Me correspondió, antes de mediodía, llevar un ramo de rosas al Hospital San Borja. Encontré a la destinataria en el pasadizo, en un coro de enfermeras.

— Dígale al caballero que me deje tranquila, que hasta cuando me... que no deseo saber más de él... que no puedo recibir sus flores, que... — era una criatura imponente, opulenta, con una facilidad de palabra abrumadora. Las palabras salíanle de la boca, los ojos, las manos, la ropa, etc. Su oración duró no menos de quince minutos.

Al volver con el manojito y la carta, el remitente me interrogó:

—¿Y cómo es esto?

Le expresé, con prudencia y brevedad, las razones que la dama adujo para rechazarlos. Aunque no dejaba de mirarme, no me percaté de su reacción porque él padecía de bizcura divergente. Veía su faz y uno de sus ojos. El otro escapaba

a mi enfoque. ¿Y qué dice un rostro si falta la expresión de sus dos ojos clavados en uno?

Sin violencia dió media vuelta y se perdió en el largo pasillo. Un rato más tarde salió con el ramillete, muy austero, acaso rumbo a su hogar.

VII

Alrededor de las nueve cerraba el lustrín y ciertas noches iba a la Avenida Matta. En la cuadra comprendida entre Arturo Prat y San Francisco había varias cafeterías. Si nuestros recursos escaseaban entrábamos a *Los Inmortales*, pero a comienzo de mes íbamos a *La Andaluza*. Iluminaba este café una muchacha de rostro muy donoso que, además, lucía los cabellos más brillantes que haya visto.

Allí encontrábame con Gómez Rojas; con Arturo Zúñiga Quilodrán, un muchacho de espíritu muy fino, gran lector, que escribía con acierto y que ya era un tallador notable, sin perjuicio de cultivar el pesimismo y envolverse en una modestia hermética; solía aparecer Antonio Acevedo Hernández, entonces carpintero, de temperamento encendido y de una inmensa fe en sí mismo. Una vez trajo una tabla cepillada en la cual había escrito, con el lápiz del oficio, un largo poema.

Gómez Rojas tenía, fuera de su cálida voz, el poder de amplificar cualquier concepto. Era elocuente. Nunca le faltaba un tema nuevo. Nunca se mostraba decaído. Bastaba que dijera una frase para que su imaginación lo proveyese de cien o mil más. Estudiaba castellano en el Instituto Pedagógico. En clase del profesor Ducoing fué interrogado y su respuesta duró una hora. En los mítines del primero de Mayo hablaba hasta el atardecer. La lectura de ciertos autores borraba todos sus conceptos. Era contradictorio, muy inclinado a la paradoja y defendía las ideas más peregrinas para avivar las discusiones.

Por naturaleza era individualista, aristocrático y le habría gustado frecuentar todos los ambientes y ser amigo de las jóvenes más empingorotadas. A Nietzsche y Oscar Wilde sí que era fiel. Cuando muchos años después fué encarcelado, su actitud con el juez Astorquiza fué en todo digna del gran inglés. Es cierto que le costó la vida.

Era generoso, jamás rebajó la valía ajena y afanábase en que sus amigos fuesen escritores y artistas. A todos les descubría vocación. Durante un paseo por las orillas del Mapocho, paseo que debía terminar en Avenida Matta, con

algún misterio me aconsejó escribir. Por las observaciones que yo hacía, infería él que tenía condiciones literarias. Como pasáramos frente a una carretela, agregó:

— Aquí tienes una carretela, un caballo, el carretelero, todo hay que describirlo. Si el caballo anda, sus cascos producen un sonido. Debes reproducirlo. A la vez el tiempo es fresco o caluroso, el cielo está limpio o nublado. El rostro del conductor expresa un estado de ánimo. Deberás captarlo y relacionar las diversas circunstancias. ¿Has leído *El hombre que sorbía su sopa* de Edgardo Garrido Merino? He ahí un cuento hecho con nada y, sin embargo, parece un cuadro...

Anduvimos cinco horas. El hablaba y yo escuchaba embelesado. Sus palabras estimularon mi vanidad y no recuerdo si en la noche siguiente me senté junto al comedor, mientras la gente de mi casa reposaba, y escribí.

¿Qué escribí? De seguro algo muy ingenuo, una especie de introspección. Para llenar las horas de la tarde, en que nadie acudía al Club, seguí escribiendo en una mesa de mármol aneja al lavatorio. El cuaderno, por inadvertencia mía, quedó en la mesa, abierto. Entró don Carlos Frerou, traductor del Ministerio de Relaciones, que me daba conversación mientras le lustraba el calzado. Esa vez, al lavarse las manos, miró la escritura y preguntó:

— ¿Es tuyo?

— Sí, señor... — fué mi imprudente respuesta. Don Carlos púsose serio y salió con el cuaderno, muy ligero, hacia el bar. Volvió en seguida y, emocionado, díjome:

— Acompáñame...

Y lo seguí.

Varios caballeros había en el bar.

— Este es el joven... — exclamó don Carlos y le pasó a uno el manuscrito. Este, fuera de mirarme con simpatía, expresó:

— Se conoce que usted tiene facilidad...

¿Qué respuesta cabía? Dí las gracias y partí a mi lustrín. Allí aguardaba un cliente. Lustré su calzado como si estuviera tocando una sinfonía.

Fuí durante días objeto de admiración.

Vino a lavarse el joven Pablo Ramírez, diputado, que entonces era el ídolo de los jóvenes radicales. No recuerdo cuáles fueron sus palabras preliminares, pero sí las siguientes:

— ¡Soy anarquista de la escuela de Reclus!

— Y entonces ¿por qué es diputado?

— Para enseñar a leer al pueblo...

Entró pronto otro parlamentario. Alguien debió decirle que, además de lustrador, era... Luego de observarme, como quien dona su caudal, me dijo:

— Yo te protegeré.

Días más tarde me habló de una beca en la Escuela Normal. Y como no era muy locuaz no volvió a decirme palabra alguna en el resto de su vida.

Todo pasa, por ventura. Otro asunto cobró interés y quedé en segundo plano, menos para un anciano de macfarlán, que aludía uno y otro día a mis escritos:

— Supongo que pronto nos darás a conocer la primera entrega de tu... ¿novela o tratado? Es posible que me sume a tus suscriptores.

Parecía un gran ratón incorporado a la civilización cristiana. Era profesor de universidad y no perdía un solo instante su aire zoológico y cauto. Fuera de serme repelente, inspirábame algún temor porque se me puso que podía recuperar su condición ratonil. Si así ocurría ¿cuál era mi deber? Darle garrote y aplastarlo. Y esta idea me preocupaba.

Su semblante mortecino, ajado, iba tomando esa coloración amarillenta de los que pronto serán llamados por el Señor.

VIII

En la noche, a la hora de comer, llegaba don Federico, caballero alto, de rostro fino, envuelto en larguísimo abrigo con cuello, solapas y forro de piel. Conversaba jovialmente con mensajeros y mozos. Y luego de comer subía a la sala de juego en donde pernoctaba. Retirábase con el sol alto. Los domingos venía al mediodía para concurrir a hora oportuna al Cub Hípico.

Alguna vez iluminábase el gran comedor de banquetes. Concurrían cincuenta o más caballeros de traje gris y, cuando servían los postres, se levantaba el primero y comenzaba su discurso. Otros y otros seguíanlo. La opinión de los mozos era contradictoria. Los materialistas sólo veían que el servicio los haría trajinar tres horas más y proferían injurias muy ásperas. Los menos sentíanse felices. Servando Ulloa, que en tales solemnidades escanciaba el vino, porque sus piernas no daban para más, solía abandonar el comedor, muy impresionado, para decirme:

—¡Qué caballero más inteligente! Lleva una hora hablando y sigue como si principiara. ¡Lo que es la instrucción!

Y dicho esto, en puntillas, entraba a servir vino. Al comienzo traté de escuchar pero me descorazonaba. No entendía. Quedábame la sombría certidumbre de ser un insecto, un pobre sujeto incapaz de apreciar las ideas elevadas.

Servando Ulloa, fuera de disfrutar con los discursos, era voraz lector. Si el trabajo lo permitía, sentábase en un rincón y leía un diario, un folleto o uno de esos papeles comerciales que reparten en la calle. Al acabar poníase jubiloso:

—¡Esto lo entiendo! Entonces no soy tan bruto...

IX

No supe cómo fui designado mozo de la biblioteca. Casi era un ascenso. Ocupaba una gran sala del segundo piso. No había abundancia de volúmenes pero sí de revistas y diarios franceses. Ninguno de los asistentes dejaba de leerlos letra a letra. Y de repente cambiaban una frase en este idioma.

En horas en que nadie venía dejábase ver Servando. Le facilitaba un libro por semana. El demoraba en la elección. Se decidía al fin por cualquier volumen de título singular.

—Sobre este tema no tengo ni sospechas... Tú terminarás por ser un sabio. Si yo fuera más joven querría trabajar en una biblioteca... eso de poder leer lo que uno quiera es una gran cosa. Con las mismas palabras se dice todo. ¿Quién no aprende así?

Y partía alborozado arrastrando sus piernas de mozo viejo.

Yo pasaba las horas de soledad junto al mesón. Pude leer varias obras de las que no tenía noticia. Un hallazgo emocionante fué el de un retrato de Máximo Gorki, tomado en el momento de salir de la cárcel, después de la revuelta del pope Gapón. Usaba sombrero semejante al cordobés, sobretodo muy largo, con cuello redondo, cerrado bajo el mentón. Fuera del abrigo, que nunca pude olvidar, me impresionó su rostro anguloso de obrero. Cometí la falta de recortarlo y lo conservé durante años entre mis papeles. ¿Cómo no hacerlo cuando sabía tanto de él? Conocía todos sus libros traducidos al español. Leyéndolo tomé gusto por el paisaje literario y después fui capaz de sentirlo directamente. Su amor por la errancia prendió también en mí, pero por ser demasiado santiaguino, en vez de ir de un lugar a otro, lo satisfice cambiando de trabajo cuando dejaba de interesarme el que tenía.

Nunca tuve sobretodo. Mi madre, en los inviernos, descosía el forro de mi chaqueta, metía una buena mano de diarios, que aseguraba con su arte de costurera, y yo andaba tan abrigado como un rey modesto. Pero el de Máximo Gorki se me grabó. Apenas reuní dinero, encargué uno parecido. Al principio estuve muy orgulloso y consideraba que llevándolo parecía ese hombre superior que uno anhelaba ser alguna vez. Lef entonces, al azar, *El abate Julio* de Octavio Mirbeau. Con el trascurso del tiempo fui perdiendo el regocijo de poseerlo, porque se me enquistó la tonta idea de que él me asemejaba a un fraile loco.

Una noche, ya tarde, mientras bebía café en un quiosco de la Alameda, acercóse un viejo alemán escualido, que en ese día había dejado el hospital. Cubríase el pobre con una blusa de brin. No tenía hogar. Su perspectiva inmediata era una bronconeumonía. Entonces le dí el sobretodo y le deseé buena suerte.

Alrededor de las tres empezaban a llegar los lectores y los ajedrecistas. Dos señores cincuentones eran los más puntuales. Venían a continuar su partida. Como se conocían bastante no hablaban. Inmóviles y pensativos permanecían uno ante otro, y cada cuarto de hora movían una pieza. Ibanse a las siete y nadie podía tocar el tablero. Al día siguiente, antes de proseguir, podía limpiar bajo su vigilancia cada cuadrado y restablecer con exactitud peones y alfiles.

A las cinco servía el te. Un anciano maniático me formaba líos a diario porque me encontraba sucia la cucharilla. Era inútil que la frotara durante diez minutos. El vejete la empañaba con sus propios dedos y luego, tomándola de más abajo, me la presentaba de prueba acusadora.

Otro señor muy abstraído se iba sin pagar cuando me ausentaba en busca de algo. Perdía por unos días. Al aparecer procedía a cobrarle. Hacía un gesto de sorpresa y me cancelaba. No saludaba a nadie. Permanecía ante su taza de te, silencioso, y de repente hacía invisible. Nunca le ví salir. Quizás si era su entretenimiento pasar desapercibido.

Después del te formábase una tertulia. El solitario Beytiaga venía de oyente. No decía palabra, pero oía anhelante y aunque la conversación fuese divertida, no abandonaba su actitud dramática. Más a las pérdidas concurría un caballero todavía joven, delgado, con rostro de medallón, que irradiaba energía. Por su belleza varonil y la fuerza de su expresión parecía ministro o general. Viéndole era imposible no

suponer que haría algo muy grande. Empero, fuera de andar, nada hacía. Para comunicarse no se valía sino de la lengua francesa. En el lustrín me dijo una frase en su idioma predilecto. Cuando advirtió que no lo entendía hizo un gesto de hastío y no me dirigió más la palabra. En la tertulia guardaba silencio. Una sola vez le ví alegre: iba con una vieja dama, por un paseo, y ambos dialogaban en francés.

Un señor de aspecto muy hidalgo solía decir:

—¡En qué confusión vivimos, Dios mío! Uno va por la calle, al menos en el centro, y todos visten igual. A veces miro por la espalda a un par de mozalbetes y en nada difieren de los caballeros. En los bancos, del gerente al último aprendiz, visten igual. ¡Y pensar que se dictan tantas leyes inútiles! En Europa el que no es caballero usa su pantalón de pana y su blusa. Cada cual está en su sitio, eso es lo normal. Hace días llamé un contratista para que me hiciera ciertos trabajos. ¡Hay que precaverse del invierno! Me dió gusto recibirle. Venía con gorra y traje de mezclilla. Cuando arreglamos precio, le anuncié que le pagaría doscientos pesos más. ¡Al menos uno sabe con quién habla!

Desde mi mesa oía trozos de conversaciones muy apetecibles: el rendimiento del trigo y la enumeración prolija de los defectos nacionales. Si ocurría en el país algo desagradable decíase que era obra de los subversivos. A éstos calificábaseles de individuos sin dios ni ley, de partidarios del caos, de enemigos de la familia, de ácratas. Algo semejante a lo que se dice de los comunistas en los últimos veinte años.

Ni por broma se detenía nadie a examinar las afirmaciones de los ácratas, salvo un señor de gran barba, que había vivido buena parte de su vida en el extranjero:

—Ayer me ví detenido al paso de un regimiento. Me sorprendió la estatura de los soldados. ¡Si la mayoría de los rotos son de este porte! (y abría su pulgar y su índice para formar el jeme). ¿Que no siembran porotos? ¿De qué se alimentan ahora? En Europa se les hace comer bien. Ellos son una herramienta de trabajo. . . ¿No es costumbre conservar las herramientas en buen estado? Figúrense que el roto siga achicándose. ¿Quién hará el trabajo en vez de ellos? Yo estoy libre por mi edad, pero ustedes son jóvenes aún y no dejaría de ser gracioso que tuvieran que tomar la pala y la barreta. Un caballo es un capital. . . la vaca también lo es. La máquina vale plata, es capital. La casa es capital ¿por qué no va a ser capital un hombre? Eso es lo que yo me digo. . . Ustedes que viven aquí deberían reflexionar, ustedes que tie-

nen tierras. Hagan comer al roto, vístanlo con ropa apropiada, enséñenle a trabajar y este paisito volverá a tener coraje. ¿Que el roto se subleva? ¡Se le da su varapalo y después tan amigos como antes!

Y cuando terminaba su disertación, hacía un saludo grandioso y salía como un rey.

—No se le quita lo exagerado a Matías. . . — solía decir el más juicioso.

Cuando servía el te, un señor de espíritu ameno decía con tono picaresco:

—¡Este es anarquista!

Salvo el dramático Beytiaga, que me daba una mirada de pasmo, los demás no reparaban en la frase.

Extrañábame el dicho por lo certero. Mas ¿cómo podía saberlo? Yo era atento, nunca dije nada que no me preguntaran, ni había declarado mis ideas porque nadie se interesó por conocerlas. ¿Qué rasgo de mi carácter pudo inspirarle ese juicio?

Ese flaco caballero logró intrigarme.

El presidente del Club dejábase ver poco. Se apoyaba en un bastón, su rostro era de color marfil, su nariz aguileña y sus ojos hundidos. Los años le habían curvado la espalda.

— Cuando el gobierno me destinó a Chiloé, salvo la gente más granada, todos eran, cual más, cual menos, brujos. Ejercían la medicina suministrando cocimientos y haciendo pases y musarañas. Era común que algunas enfermas jóvenes se levantaran grávidas. ¡Figúrense ustedes la aflicción de los padres! Por primera providencia hice que los cocimientos se los bebieran los propios brujos. Cómo se resistían los diablos. . . Después venían los azotes. Cincuenta para empezar. En caso grave la azotaína era mayor. ¡Quedaban en un grito! Más, nadie escapaba a los correazos. A los pocos años no se encontraba un brujo ni pagando. . . Acaso se salvó alguno huyendo a las islas más lejanas. En el tiempo que estuve allí se gastó más en correas que en escobas. Hice dar no menos de cien mil azotes. . . Cuando recuerdo esos tiempos pienso que fué bueno el remedio. . .

Antes de completar el año me entró el aburrimiento. Según mi anarquismo cabía la posibilidad de abandonar aquello que me hastiara. Dí el aviso usual y al término del mes estreché la mano de mi jefe inmediato, que sólo encontraba importante el espiritismo.

ALGUNOS AMIGOS MENOS

ARMANDO DONOSO, DOMINGO MELFI Y JANUARIO ESPINOSA

LA MUERTE es la gran liquidadora de reputaciones, y los hombres de «letras» que vivieron de prestado, a base de trueque de lisonjas, adulo de los que dispensan favores, o trucos del oficio, quedan en su última hora insolventes, y van a parar sin misericordia en la fosa común del anonimato. Sólo aquellos que trabajaron a conciencia y supieron mantenerse fieles a su naturaleza íntima y sirvieron a la Verdad sobre todas las cosas, éstos lograrán sobrevivir en la memoria de las gentes. Para unos cuantos, talvez entre los mejores, la muerte suele ser hasta una resurrección y una reparación, porque ya despojados de las taras del carácter, de un físico antipático al vulgo, o del mismo exceso de vitalidad de los temperamentos fuertes, aparecen al fin en su valor espiritual puro, en la belleza incorpórea de su obra. Entre los más grandes, Spinoza, Stendhal, Melville, pertenecen a ese grupo, junto con algunos pintores y músicos de genio errático indomable.

En este segundo año de vida al borde del desierto, frente a un horizonte vacío y un suelo desnudo, uno va perdiendo la percepción de esa zona imprecisa que separa el día de la noche, el verano del invierno, la vida y la muerte. Todo cuanto es visible o imaginable se simplifica hasta reducirse a lo esencial. La naturaleza aparece aquí en el hábito de una pobreza inocente, ni cínica ni abyecta. El desierto es una imagen de la muerte, o por lo menos expresa una renunciación resignada de cuanto es meramente decorativo o circunstancial. Y como la naturaleza, así el hombre. Reducido uno a lo esencial, busca asimismo la esencia del ser en los demás. En vez de lamentar vanamente la muerte de los que queremos y estimamos, preferimos meditar en lo que nos queda de ellos, que es al fin lo mismo que nos llevó a buscar su amistad mientras vivieron.

Los escritores que deseo recordar tendrán un puesto en la Historia de la Literatura Chilena, si no tan alto como prometían, por lo menos entre los más honorables. De todos ellos, Melfi fué sin duda el más artista y el de más fina percepción. Europeo de origen y de cultura, trajo a nuestro ambiente una nota de elevación que no lo abandonó jamás. De acuerdo con mis convicciones más arraigadas, yo tendría que reconocer en esa tendencia a mirar los problemas de nues-

tra vida nacional por todo lo alto, la causa de que Melfi no dejara una obra más caracterizada y dinámica. Sintiendo en un medio estrecho, donde las ideas se personalizan fatalmente, adquirió el hábito de *orillar los temas*, generalizando y diluyendo su pensamiento, para caer a menudo en la abstracción. El método es explicable, pero el escritor tiene menos excusa que el músico o el pintor para expresarse en símbolos o imágenes, y tarde o temprano debe pronunciarse con un sí o un nó rotundo, saltar la barricada y revolcarse combatiendo cuerpo a cuerpo los errores y abusos de su tiempo y su vejez. Así el parnasiano epicúreo Anatole France frente al dilema del proceso Dreyfus.

Los que deveras queríamos y estimábamos a Domingo Melfi, esperábamos de él una obra crítica ejemplar, con sustancia artística a la altura de su espíritu. Sería acaso el mejor servicio a su memoria juntar en un volumen aquellos ensayos suyos o fragmentos de estudios que mejor expresen ese concepto superior que nos hacía sentir, más bien que expresar, en muchos de sus escritos. Es decir, habría que espigar lo más concreto de su pensamiento, tan amenudo inclinado a la metafísica, a pesar de sus aspiraciones de crítico social.

Esa ágil inteligencia del genio italiano se iba acendrando en Melfi con un acopio de lecturas muy variadas y meditadas. El, con más definida escala de valores que Armando Donoso, pudo haber escrito en su madurez la Historia de la Literatura Chilena, o más bien, la historia de las ideas en Chile, a la manera de Párrington. Pero dentro de la estrechez de recursos y de oportunidades de una nacionalidad nueva, un escritor debe comenzar por ganarse la vida sirviendo a los más antes que a los mejores. A menos de condenarse al celibato o emular en su aislamiento a Simeón el Estilita, el escritor sin vocación de mártir o de asceta ha de medir sus palabras y disciplinar sus impulsos, si no quiere aconcharse en la versión moderna de una bohemia vitalicia. Esto lo comprendió a media-juventud Armando Donoso, hombre de naturaleza prudente, a despecho de sus alardes de entusiasmo juvenil, y de esos rasgos de liberalismo que encuentran su expresión más feliz en *Bilbao y su Tiempo*. Algunos años de estudio en Alemania alcanzaron a darle cierta disposición metódica por la acumulación de datos, pero el temperamento español debía prevalecer en un afán de abarcar lo enciclopédico por vía de la improvisación, que se acusaba en un desborde de citas no bien compaginadas y paralelos críticos que llevaban confusión en vez de claridad, a fuerza de una enumeración promiscua de autores y títulos.

Cosa sugestiva, algunos de los mejores aciertos de Donoso fueron sus entrevistas de *Pacífico Magazine*. Su experiencia de la vida le había hecho cauteloso, y con los años esa reserva se va enconando hasta llevarle al aislamiento y el silencio como escritor. Pero cuando se pone a apuntar en el papel lo que otros le cuentan, cuando es otra persona de carácter más enérgico o despreocupado la que se desahoga por su pluma, entonces Armando Donoso luce agudeza intencionada, movimiento, color y pasión.

Esos no son exactamente los dones que avaloran la obra literaria de Juan Espinosa, el otro escritor chileno muerto a principios de 1946. Su primer ensayo novelesco, *Cecilia*, es una historia campesina, y en toda su obra imaginativa lo que supo hacer mejor fué siempre aquello que se limitaba a su modalidad y su experiencia. Hay un tono de sincera humildad en su obra, y por lo tanto, de dignidad natural. Tenía además Juan Espinosa una vena copiosa de simpatía humana, como lo prueba ese volumen de biografías de políticos en que recoge, dándole patente de salidas ingeniosas o mordaces, cuanta cazarería o charlatanismo ha podido ocurrírseles a los actores de género chico de nuestra política. Otra virtud suya, y de las raras, fué su empeño concienzudo en la investigación, que le llevó a desentrañar muchos rasgos curiosos y reveladores de nuestra historia nacional. Su tolerancia del macuco de asamblea no excluía en él la veneración por el mérito de verdad, aun cuando se hallase en el campo opuesto a sus opiniones, tal como se revela en su semblanza de don Manuel Montt.

Como en tantos otros casos, yo diría que lo mejor de Melfi, Donoso y Espinosa seguía adentrado en la persona, sin alcanzar expresión en sus escritos. Contrariamente a lo que ocurre en las sociedades más refinadas, donde el artista se consagra tan exclusivamente a su arte que concluye por absorber toda la humanidad del individuo, uno podía saborear lo escrito por cualquiera de estos tres amigos, y en seguida volver a buscar su compañía con la certeza de encontrar algo todavía más estimulante, fresco y robusto que lo que había logrado filtrar hasta el papel. Pero si ninguno de ellos logró su expresión definitiva, ésta sería una razón más para coleccionar sus mejores aciertos y presentarlos a los que vengan después en los rasgos culminantes de su personalidad. Ese sería el procedimiento más leal a su memoria, a la vez que el más grato para los que fuimos sus amigos.

LA LITERATURA Y EL HOMBRE

HORACIO QUIROGA

EL HALLAZGO de un escritor en cuya obra se vea, más que a otros seres, al escritor mismo, es para mí uno de los mayores placeres que la literatura puede proporcionarme. Creo que la conjunción de una aspiración literaria con un temperamento ricamente expresivo, produce las grandes obras, no tal vez las más clásicas, pero sí las más humanas. Debo confesar que he perdido la esperanza de terminar de leer algún día *El Quijote* y que no he pensado jamás en leer *La Divina Comedia*; pero leo todos los años *Los endemoniados*, y no puedo, en ningún momento, por atareado que esté, abrir *Canguro*, en ninguna de sus páginas, sin sentirme violentamente arrastrado a seguir hasta el final: el hombre me llama y lo veo ahí, oigo el latir de su pulso, el fluir de su pensamiento; lo veo debatirse en lucha consigo mismo y con los demás, está libre, sin etiquetas, sin smoking y sin partido político, entregado a las obscuras fuerzas que surgen de él.

Y sin embargo, no es lo autobiográfico lo que me atrae. Lo que me atrae es la riqueza de expresión, lo íntimo de ésta, la multiplicidad de personalidades y de caracteres que en el autor coexisten, la variedad infinita de matices que contiene su espíritu. Sus contradicciones y sus angustias son las mías y las de todos los hombres parados en la línea del hombre.

La capacidad de manifestar todo esto literariamente constituye, a mi juicio, el genio literario.

En otros escritores encuentra uno otra cosa: ve el trabajo metódico, los apuntes, las notas, los datos recogidos por sí mismo o por los amigos, ve la lenta estructuración de la novela, la medida, el tino, el ingenio. Sí, es interesante, se ve trabajar al hombre, se le siente trabajar afanosamente. Pero, rara vez o nunca, se ve o se siente al hombre mismo. Sus personajes son sus personajes; no es él. Estos últimos escritores escriben generalmente memorias; los anteriores, no. ¿Qué pudo decir Dostoyevsky en sus memorias? Para mí, nada nuevo. El estaba en su obra y su obra era él. En ella estaban todas las fuerzas de su espíritu, todas las terribles fuerzas de su espíritu y seguramente todas las tremendas fuerzas del espíritu de su raza. Igual cosa sucede con Lawrence. ¿Habría podido decir Lawrence, en unas posibles memorias, algo de sí mismo que no esté en *Canguro*? Absolutamente nada.

Horacio Quiroga tuvo, en alto grado, esta virtud de que hablo. No era un escritor pulcro, atildado, brillante; tampoco lo habría querido ser y seguro estoy de que despreciaba esas cualidades, tan alabadas por los profesores y que muchas veces no sirven sino para disimular la falta de otras más profundas. Era un escritor de fuerza espiritual grande y de segura expresión. Narrativo por excelencia, absorbía lo que veía y lo que sentía, lo vivido y lo pensado y en sus libros se le ve trabajar de cerca y se le siente respirar, vivir. Su sér se expresa en sus obras, y había entre su vida, su espíritu y sus producciones, una estrecha relación. Para conocer a Quiroga personalmente, no hay más que leer su obra. Ahí se le encontrará, con sus ojos claros y su barba negra, andando por la selva.

Dicen que tenía manos muy expresivas, huesudas, manos de carpintero que ha «abusado de las herramientas», como él mismo decía. Seguramente sus uñas no siempre estaban muy pulcras. (Cuando lo invitaban a mesas de etiqueta, sus manos, sobre el mantel albísimo, aparecían más huesudas y expresivas que nunca, y sus uñas — pues amaba asustar a los tímidos elegantes —, impregnadas de los ácidos que en sus ratos de naturalista usaba, se veían más negras que otras veces.) Su obra de escritor es así, como sus manos, expresiva, enjuta, a veces con las uñas sucias; pero esto último, que refiero especialmente a su indiferencia por la pulcritud y a su preferencia por la expresividad, da a su obra, al revés de lo que se podría esperar, mayor calidad humana, pues se ve ahí al hombre que sólo está preocupado en verterse, sin cuidarse de detalles ajenos a su espíritu.

Pocos escritores hay en América del Sur que hayan llegado más allá que Quiroga en el sentido de que hablo. En él domina el sentimiento del hombre y de la naturaleza y no hay entre él y la selva, entre él y el río, entre él y los animales, entre él y el hombre, más distancia que la que existe entre el árbol y el hombre, entre el hombre y el agua, entre la bestia y el sér consciente, entre un individuo y otro individuo, es decir, sólo la distancia natural. Cuando busca, para matarla, a una serpiente yarará, es nada más que un hombre que busca, para matarla, a una serpiente. No es un poeta, ni un filósofo, ni un profesor, ni un escritor:

«La vaborita, sin embargo, era lo que me preocupaba, pues mis chicos cruzaban a menudo el sendero.

Después de almorzar fuí a buscarla. Su guarida — digamos — consistía en una hondonada cercada de piedra, y cuyo espartillo diluviano llegaba hasta la cintura. Jamás había sido quemado.

Si era fácil hallarla buscándola bien, más fácil era pisarla. Y colmillos de dos centímetros de largo no halagan, aun con *stromboot*.

Como calor y viento norte, la siesta no podía ofrecer más. Llegué al lugar, y apartando las matas de espartillo una por una con el machete, comencé a buscar a la bestia. Lo que se ve en el fondo, entre mata y mata de espartillo, es un pedacito de tierra sombría y seca. Nada más. Otro paso, otra inspección con el machete y otro pedacito de tierra durísima. Así poco a poco.

Pero la situación nerviosa, cuando se está seguro de que de un momento a otro se va a hallar al animal, no es desdeñable. Cada paso me acercaba más a ese instante, porque no tenía duda alguna de que el animal vivía allí; y con ese sol no había yarará capaz de salir a lucirse.

De repente, al apartar el espartillo, y sobre las puntas de las botas, la ví. Sobre un fondo obscuro del tamaño de un plato, la vi pasar rozándome.

Ahora bien: no hay cosa más larga, más eternamente larga en la vida, que una víbora de un metro ochenta que va pasando por pedazos, diremos, pues yo no veía sino lo que me permitía el claro abierto con el machete.

Pero como placer, muy grande. Era una yararacusú — el más robusto ejemplar que yo haya visto, e incontestablemente la más hermosa de las yararás, que son a su vez las más bellas entre las víboras, a excepción de las de coral. Sobre su cuerpo, bien negro, pero un negro de terciopelo, se cruzan en ancho losanje bandas de color oro. Negro y oro; ya se ve. Además, la más venenosa de todas las yararás.

La mía pasó, pasó y pasó. Cuando se detuvo, se veía aun el extremo de la cola. Volví la vista en la probable dirección de su cabeza, y la ví a mi costado, alta y mirándome fijo. Había hecho una curva, y estaba inmóvil, observando mi actitud.

Cierto es, la víbora no tenía deseos de combate, como jamás los tienen con el hombre. Pero yo los tenía, y muy fuertes. De modo que dejé caer el machete para dislocarle solamente el espinazo, a efectos de la conservación del ejemplar.

El machetazo fué de plano y nada leve: como si nada hubiera pasado. El animal se tendió violentamente en una

especie de espantada que la alejó medio metro, y quedó otra vez inmóvil a la expectativa, aunque esta vez con la cabeza más alta. Mirándome cuanto es posible figurarse.

En campo limpio, ese duelo, un si es no es psicológico, me hubiera entretenido un momento más; pero hundido en aquella maleza, no. En consecuencia, descargué por segunda vez el machete, esta vez de filo, para alcanzar las vértebras del cuello. Con la rapidez del rayo, la yararacusú se enroscó sobre la cabeza, ascendió en tirabuzón con relámpagos nacarados de su vientre, y tornó a caer, distendiéndose lentamente, muerta.» (Horacio Quiroga: *El desierto* («Un peón»), BABEL, Buenos Aires.)

En este trozo de «Un peón», uno de los más hermosos cuentos de Quiroga, se ve la mano huesuda y expresiva y se ve también que con un pequeño esfuerzo, con un levísimo esfuerzo de la muñeca, su obra se habría salvado de algunos reproches, no fundamentales, pero reproches al fin. Hay frases duras, frases que se dan vuelta, impacientes por colocarse bien, fluidamente. Pero, o no tenía tiempo, o no lo importaba, o eso estaba fuera de él. Sea como fuese, lo cierto es que esos pequeños defectos no amenguan en nada el valor de su obra. Sólo se ven cuando el lector, por curiosidad o por casualidad, separa del cuento un trozo y se da a estudiarlo o a leerlo con atención. Pero, a pesar de los posibles pequeños defectos, el trozo conserva su vigor, y la frase, aun mal construida, expresa lo que el autor quería que expresara. Eso era para él lo esencial y lo es también para nosotros. Además, parece que Horacio Quiroga tenía cierta debilidad en ese sentido: le gustaba colocar, de vez en cuando, dentro de un relato, frases que sonaran mal o que no se estuvieran quietas dentro del párrafo. Tal vez, como en el caso de las uñas sobre el mantel, le gustaba mostrarlas sobre las páginas.

*

Lo descriptivo no era el fuerte ni la afición de Horacio Quiroga. La descripción es, en sus relatos, en sus novelas, más que otra cosa, una necesidad impuesta. Tampoco eran su debilidad el hombre o la naturaleza. Parece no conceder a ninguno de esos elementos más importancia que la que realmente tienen. Hay escritores que dan al paisaje, al hombre, al animal, importancia literaria y los describen minuciosamente, rasgo por rasgo, línea por línea, haciendo gala de ello;

proceden de dentro a afuera. Quiroga, al revés, procedía de fuera a adentro. Olvidaba lo que no tenía para él algo esencial: un gesto, un color, un movimiento, una línea. Veía algo y lo fijaba tal como lo veía, sin entregarse a ese proceso de rumia que transfigura los elementos hasta el extremo — en ocasiones — de hacerlos irreconocibles. El hombre se presenta tal cual es y tal cual viene:

«Una tarde, en Misiones, acaba de almorzar cuando sonó el cencerro del portoncito. Salí afuera y vi detenido a un hombre joven, con el sombrero en una mano y una valija en la otra.

Había cuarenta grados fácilmente, que sobre la cabeza crespas de mi hombre obraban como sesenta. No parecía él, sin embargo, inquietarse en lo más mínimo. Lo hice pasar, y el hombre avanzó sonriendo y mirando con curiosidad la copa de mis mandarinos de cinco metros de diámetro que, dicho sea de paso, son el orgullo de la región — y el mío.

Le pregunté qué quería, y me respondió que buscaba trabajo. Entonces lo miré con más atención.

Para peón, estaba absurdamente vestido. La valija, desde luego de suela y con lujo de correas. Después su traje, de corderoy marrón sin una mancha. Por fin, las botas y no botas de obraje, sino artículo de primera categoría. Y sobre todo esto, el aire elegante, sonriente y seguro de mi hombre. ¿Peón él?...

— Para todo trabajo — me respondió alegre —. Me sé tirar de hacha y de azada... Tengo trabajado antes de ahora no Foz - do - Iguassú; e fize una plantación de papas.» (H. Quiroga, *ibidem*.)

Ni una palabra sobre los ojos, los labios, los dientes o las mejillas del muchacho brasileño. Y si habla de la cabeza crespas del peón es porque el sol lo obliga a ello. Detrás del hombre está el paisaje, el río:

«Y volviéndose al Paraná, que corría dormido en el fondo del valle, agregó contento:

— ¡Oh, Paraná do diavo!... Si el patrón te gusta pescar, yo te voy a acompañar a usted... Me tengo divertido grande no Foz con os mangrullús.» (H. Quiroga, *ibidem*.)

Después de esto, ni una palabra más sobre el aspecto exterior del hombre, a quien los hechos se encargan de estructurar y completar. Igual cosa sucede con el paisaje; sólo aparece en el cuento cuando es imposible eludirlo. Y esto no significa, de ningún modo, que las facultades literarias de

Horacio Quiroga tuvieran límites por ese costado. No. Pero es que en él primaba el narrador y dentro del narrador — como decía el pintor Juan Francisco González en sus clases de dibujo — el hombre que olvida las grandes *presas* y se va de cabeza al detalle, al detalle necesario, no al superfluo.

*

¿Deberá esperar la obra de Horacio Quiroga, muchos años, al escritor que fije, en un estudio digno y concienzudo, las características que lo hicieron sobresalir sobre las cansadas u orgullosas cabezas de los escritores de nuestra América? Mucho lo tememos. Por nuestra parte, a pesar de la admiración y del aprecio literario y personal que sentimos por él, debemos reconocer que carecemos de muchas de las condiciones que se necesitan para intentar una obra como la que Quiroga merece. En primer lugar, y sobre todo, el conocimiento personal del autor, que en este caso parece indispensable por la relación tan íntima que hay no sólo entre su espíritu y su obra, sino también entre su vida y su obra. Se puede afirmar que la vida hizo la obra de Horacio Quiroga y que él sólo puso en ella su espíritu, animándola, dándole ese soplo ardiente y áspero, tierno y profundo — en el sentido humano — que sale de ella. Nadie más indicado para escribir esa obra que Enrique Espinoza, que fué su amigo y su discípulo y que lo vió y lo sintió vivir, en Buenos Aires y en Misiones, en sus mejores y más fecundos años. Espinoza tiene una deuda con Quiroga y esperamos que algún día, libertándose de su angustia política, se decida a pagarla con creces. Es una deuda entre camaradas.

*

En esta breve glosa sólo hemos querido fijar, tal vez con demasiada superficialidad, algunos de los rasgos de Quiroga, quizá no los más esenciales y valiosos. Hay mucho que decir de él, de su estilo principalmente que — recurriendo a una imagen — se nos ocurre una de esas herramientas que los trabajadores solitarios de las montañas o de la selva, mineros o carboneros, imposibilitados de adquirir nuevas, hacen por sus propias manos y que, careciendo del tipo standard, ostentan, en cambio, al mismo tiempo que la noble dureza del material con que fueron construídas, la gracia personal y espiritual del que las hizo. En seguida, de su facilidad

para irse al corazón de los acontecimientos y de las sensaciones; de su dramático y casi trágico sentido de la vida, tal vez agudizado por la pérdida de su primera esposa; y, en fin, de su capacidad para olvidar todo eso y de sacar, como de entre la barba, aquellos deliciosos cuentos para niños.

Horacio Quiroga, cuentista completo, tontamente adscrito por alguien a la figura de Kipling, como si no valiera por sí mismo lo suficiente como para no necesitar sombras protectoras a su lado y como si, además de sus cuentos de animales, no hubiera hecho otros, sino más pintorescos, mucho más profundos y logrados que algunos del autor de *Kim*, es una figura literaria y humana que el tiempo no hará sino perfilar mejor.

★

HACÍA ya mucho tiempo que el hombre cazaba en el monte. En un principio la novelería de los tiros divirtió a los animales salvajes.

— ¿Has visto?— decía uno al cruzarse con otro en un sendero.— Hay un hombre.

— Yo lo ví — respondía el segundo en voz baja.

— Tiene una escopeta. Es un cazador.

— Sí. En el barranco corrió esta mañana. Mata.

— ¿Mata?— intervino un agutí asustado.

— ¡Ya lo creo! Yo ví antes uno. Es un hombre. Ninguno de nosotros puede matarlo.

— ¿Ninguno?...

— El tigre, sí. A nosotros nos mata.

— ¿Han oído?... Anda cerca. ¡Huyamos!

Pero a poco la diversión cesó, porque ya no se encontraban los amigos que solían verse al caer la noche. Se cruzaban ahora corriendo, y apenas tenían tiempo de cambiar tres palabras.

— ¡Otro tiro hace un momento!— jadeaba uno.

— ¿A quién habrá matado?

— Yo sé. Al venado. El lo mató.

— ¿Y el tapir?— preguntaba otro.

— Anteayer en el río... Muerto.

— ¿Y el puma?

— Hace una semana... Muerto.

— ¿Y el oso hormiguero?

— En la orilla del pantano... Muerto.

— ¿Y el tigre?

En ese instante un estampido y un maullido escandaloso resonaron en las tinieblas.

— ¿El tigre?... Acaba de morir.

Ahora bien, aunque los animales del bosque no unen jamás sus fuerzas contra el hombre, hay ocasiones en que la naturaleza misma — encarnada en la luz, la atmósfera, el clima, la selva y sus hijos — medita su exterminio. Y una de estas ocasiones fué la presente, cuando los animales decidieron hacer una trampa y cazar al hombre.

No contaremos cómo lo cazaron, pues las facilidades abundan en el bosque. Diremos solamente que una noche el hombre se encontró desnudo atado a un árbol entre los animales que alzaban sus duras nucas a él. Y nada diremos tampoco de quién le desnudó ni de qué lazos eran aquellos que lo ataban al árbol.

Los animales miraban de hito en hito al hombre con sus ojos verdes, y el hombre sudaba en la oscuridad.

— ¡No me maten!— decía jadeando como si acabara de correr.— ¡No tienen derecho a matarme!

— Y usted, ¿qué hacía?— rechinó entre sus dientes cruzados el jabalí.

— ¡Yo cazaba en libertad! ¡Eramos todos libres! ¡Pero no pueden matar a un hombre indefenso!

— ¿Y nosotros? ¿Nos defendíamos?— sollozó un venado.

— No, pero estábamos en guerra. Así procedemos lealmente los hombres. Ustedes no pueden matarme porque ya me han vencido. Los hombres conocemos la justicia y hacemos la paz. Cuando hemos vencido a un enemigo, lo perdonamos. ¡Hermanos míos! Consideren que estoy solo y desnudo entre ustedes. Ustedes me vencieron, me apresaron y estoy atado. ¿Por qué van ahora a matarme?

El hombre jadeante de miedo conoció en el silencio de sus jueces que dudaban de su derecho a matar, y prosiguió alentado:

— ¡Hermanos! Ustedes ignoran la sabiduría, la rectitud, el altruismo y por esto proceden así, lo comprendo. Pero yo soy hombre y les hablo como un hermano. Nosotros tenemos principios morales y concedemos paz. Estábamos en guerra y fuí vencido por ustedes. Y creen que pueden matarme. Hay tratados de paz para estos casos. Así es la guerra entre los hombres.

Nada rompía el mutismo de los animales; hasta que uno se alzó en sus cuatro patas.

— Mentira... Mentira... Matarlo... Mentira... Matarlo... — roncó el animal, sacudiendo a ras del suelo su hocico que babeaba.

El hombre desnudo y que sudaba de miedo, clamó entonces:

— ¡No me maten, hermanos! ¡Podemos entendernos todavía! Ustedes no saben quién soy yo, y todos los pueblos de los hombres se lanzarían sobre ustedes si me mataran. Ustedes no conocen los derechos del vencido en la guerra. Que vaya una embajada de ustedes hasta los hombres y yo

quedaré de rehén. Nada les pasará a los que vayan, porque mi vida responde de la de ellos. Ellos verán, hermanos, cómo es nuestra moral de guerra. Yo quedaré de rehén. Cuando la embajada vuelva, son libres de hacer conmigo lo que quieran; pero estoy seguro de que entonces no me matarán.

Tras un sombrío silencio la proposición del vencido fué aceptada. Y de este modo el hombre ganó su causa quedando de rehén en el monte, mientras la embajada de los animales, compuesta de un tapir, un tigre y una boa, se encaminaba a país extraño.

Debemos advertir aquí que el hombre cazado era un gran personaje entre los suyos, motivo por el cual hicieron éstos salvas de artillería al saber que el cazador estaba vivo, agasajando en consecuencia con grandes fiestas al tigre, al boa y al tapir.

Los embajadores se comportaron en la circunstancia con gravedad y corrección dignas de todo encomio. El tigre y el tapir bebían gravemente, con los sombreros en la mano, y el boa departía con las señoras.

Se celebró en honor de los delegados desfiles militares, tedéums, funciones de gala, cuanto podía marear con su seducción a tan incautos embajadores. Aun asistieron al cine, donde al ver escenas del natural en la selva, cruzaron una mirada entre ellos, sonriendo suavemente.

Nada se les ocultó, nada dejaron de ver. Y sus más preciosas horas la pasaron en los parlamentos, las asambleas y las ligas, donde precisamente se celebraba un tratado de paz.

Los hombres enseñaronles uno por uno los incisos de su tratado inscripto a punzón en una baratija de exportación, pues uno anterior, de papel, había sido roto. Mostraronles los diez mil códigos de moral nacional e individual que respiraba viva en su obra de justicia. Enseñaronles particularmente las grandes industrias, pues deseaban conquistar a aquellos ásperos y confusos aprendices de su moral, que tenían entre sus dientes la vida de su jefe. Comportáronse en suma tan seductoramente, que cuando la embajada regresó por fin a la selva natal, nadie dudó de que la vida del prisionero estaba a salvo.

Mas los embajadores que iban en cuatro patas y bajaban las orejas al entrar en los senderos, no cambiaban una mirada entre ellos, y así llegaron ante la asamblea que les aguardaba. El hombre atado de nuevo, y que no dudaba del éxito, dejó asomar a sus labios una sonrisa de triunfo. Y el boa dijo:

— Hemos estado entre los hombres, hermanos, y lo hemos visto todo. Cuanto nos dijo el cazador, es cierto. Nos aga-

sajaron como si fuéramos hombres propios. No luchan como nosotros por comer, sino por principios. Son tal como él dijo. Solamente...

— Yo ví también lo mismo — dijo el tapir. — En vez de estar constantemente en guerra como nosotros, fabrican sin cesar lindísimas cosas que regalan a los países lejanos. Tienen leyes para proteger a los pueblos débiles, y cuando vencen en vez de matar, hacen un tratado de paz. Son tal como él dijo. Solamente...

— El hombre no mintió — dijo el tigre. — Todo cuanto vimos, oímos y tocamos, es como él lo aseguró. Tienen, en efecto, principios morales por los que combaten y por los cuales exclusivamente desencadenan una guerra. Solamente... Solamente que no podríamos regirnos por sus leyes, hermanos. Si adoptamos la moral y los principios de los hombres, continuaremos como antes acechando y matando. Pero lo que hacemos ahora con las garras y los dientes al sol, lo haremos disimulando el hocico tras un pañuelo o una bandera. Es esta la única diferencia, hermanos. Hemos asesinado toda la vida, pero sin hipocresía. Podríamos perfectamente firmar un tratado de paz con este hombre, soltarlo luego desnudo con los huesos rotos, y cantar día y noche en el bosque que hemos hecho la paz con él. Pero haciéndolo así no habríamos aprendido sino a ser hipócritas, pues todos sabemos que lo que en verdad deseamos es matarlo porque le hemos vencido, y comerlo porque tenemos hambre.

Y así lo hicieron.



UN GAUCHO DANÉS

EL REPETIDO elogio que del genial escritor danés hace en sus *Cartas a un joven poeta*, Rainer Maria Rilke, me desobliga de señalar su importancia en la narrativa europea del siglo diecinueve. Por lo demás, Jorge Brandes lo ha hecho en forma insuperable. Y hasta le debemos un retrato al natural del cuentista, en casa de Kielland, extendido sobre un sofá, en tren de contar a los niños una historia entretenida.

Cuanto a *La señora Fonss*, una verdadera novela en potencia, no creo posible una síntesis más profunda en menos páginas. Así que me limitaré a recomendar su lectura en la traducción indirecta que sigue o en su idioma original, si el lector sabe el danés — cosa inesperada, por cierto.

Pero antes quiero anotar aun cómo vine a conocer a *Madame Fonss*, en francés, hace muchos años, en uno de aquellos llamativos volúmenes rojos de *Les mil nouvelles nouvelles* por lo que tantos sudamericanos adquirieron, al cumplirse la primera década del siglo, el conocimiento de los mejores cuentos de la literatura universal contemporánea.

Había olvidado casi dicho cuento en esta colección cuando lo encontré con muchísimos otros en una pequeña librería de la calle Reconquista, en Buenos Aires, a principios de 1936. Ni qué decir que me los llevé todos: unos catorce o quince libritos en total y que se los despaché por el primer correo a mi mujer.

Después no volví a acordarme de ellos ni de *Madame Fonss* en particular hasta que de vuelta de un rápido viaje por Europa, en el que estuvimos a punto de llegar al país de Jacobsen, encontré la inolvidable historia en nuestra casa de Santiago.

Como sucede siempre que una obra de arte ha dejado huella en nuestro espíritu, la relectura de *Madame Fonss* me trajo el perfume desvanecido de otra época y con él la figura singularísima del gaucho danés que había ligado en otro tiempo a mi viejo amigo don Roberto Cunninghame Graham. Porque para un hombre de Buenos Aires el cuento de Jacobsen se fija en la memoria especialmente por su héroe varonil.

Desde luego, el drama de la señora Fonss, la hermosa viuda que, en viaje con sus hijos, Ellinor y Tage, reencuentra de

pronto el amor de su primera juventud — el mismo amor de que languidece aquélla y exáltase aquél —, volvió a ganarme por entero el corazón. Las circunstancias coincidentes elegidas por el cuentista para destacar a contraluz la decisión de la heroína frente al terrible dilema de su vida, me conmovieron tanto como la finísima carta de adiós a los hijos, que Jacobsen le atribuyó algunos años más tarde, desde España, en la hora de la muerte.

No sé por qué dicha epístola trae siempre a mi memoria otra menos amarga si bien igualmente punzante de Horacio Quiroga, al final de su cuento *Silvina y Montt*. Quizá se deba más que a las cartas en sí, entre las que no hay ninguna relación, a cierto parecido íntimo entre sus protagonistas. Porque, como ya dije, fué el amigo de la señora Fonss, ausente hasta del título en el cuento de Jacobsen, quien llamó mi atención en la primera lectura y no sin motivo.

Jacobsen lo pinta como un hombre grande y barbado, de rostro curtido por el sol, que envuelto en una amplia manta de viaje (un poncho, de seguro) cruza Aviñón a caballo, sugiriendo al joven Tage la imagen de un gaucho.

Resulta, por último, un caballero danés que durante veintidós años anduvo recorriendo las fértiles llanuras del Plata, y que al fin, tras de vender sus tierras y ganados, ha vuelto al viejo mundo, donde, a ratos, más que el lejano país, echa de menos sus ocupaciones cotidianas.

El joven Tage sólo se ha equivocado a medias. Se trata, en efecto, de un gaucho, aunque no inglés, como lo parece a primera vista, sino danés como él mismo.

Veinte años de contacto con la pampa han transformado a Thorbrogger en un hombre de a caballo, en un Mazepa, según la frase retórica que Jacobsen pone con su dejo de ironía en boca del comerciante Kastager.

Sólo para el corazón de la señora Fonss que lo amó en su juventud, continúa siendo el mismo hombre de sus primeros sueños y esperanzas de felicidad. Por eso, contra la voluntad de sus hijos, termina por acompañarlo al país del Cid.

Pero Jacobsen, justo es decirlo, no nos traza con tal motivo una figura legendaria ni un héroe romántico. Un hombre, nada más; pero tan real que a la postre llega a ser un símbolo. El autor de *Mogens* y de *Nyls Lyhne* era demasiado poeta para conformarse con menos.

Ahora bien, que este símbolo corresponda precisamente a nuestro arquetipo rural, el peón moderno del cuento de Quiroga

— que tampoco es sólo eso — compromete de veras nuestra gratitud.

Con su gaucho danés, Jacobsen proyecta una sombra de gloria sobre el personaje más representativo y popular del campo argentino. Apenas lo menciona dos o tres veces en todo el cuento; pero lo defiende inteligentemente de lo pintoresco y exótico. Un rasgo bastará para comprobarlo.

En un momento decisivo del relato, la señora Fonss le pasa a su amigo una revista en la que aparecen algunas ilustraciones gauchescas. El hombre está a punto de hacer un chiste sobre la ingenua idea que revela el dibujante del arte de arrojar el lazo. Le hubiera sido tan fácil hablar con exactitud de todo aquello, comenta Jacobsen.

Por este atisbo, cuya verdad Jacobsen ha encontrado seguramente en el famoso *Viaje de un naturalista alrededor del mundo*, de Darwin, cuyo traductor al danés fué, —pués *La tierra purpúrea*, que pudo proporcionarle igual conocimiento es posterior a *La Señora Fonss*—, me es particularmente grato recordarlo aquí en el centenario de su nacimiento.

Jens Peter Jacobsen vió la luz primera en Thisted el 7 de Abril de 1847. Las ciencias naturales constituyeron su vocación primera, especialmente la botánica. Durante una década de actividad literaria escribió un par de novelas y un libro de cuentos que han ejercido considerable influencia a lo largo de los países nórdicos.

Rilke, además de la idea de la «muerte propia» le debe a Jacobsen ese algo indefinible de sus dos historias praguenses. En una de sus *Cartas a un joven poeta*, dice: «De todos mis libros, pocos me son indispensables; pero hay dos que están entre mis cosas donde quiera que me encuentre. Están también aquí en torno mío: la Biblia y los libros del poeta danés: Jens Peter Jacobsen.» Y aún añade: «... Si yo debiese decir por quienes he sabido algo sobre la esencia de la creación, sobre su profundidad y eternidad, solamente dos nombres son los que podría pronunciar: el de Jacobsen — el grande, grande poeta — y el de Augusto Rodin.» ¿Puede hacer mayor elogio un artista de otro, cuyo idioma estudió para leerlo en el original? Entre nosotros, y sin salirnos de la pequeña Dinamarca, es, asimismo, el caso de Sanin Cano y Jorge Brandes.

LA SEÑORA FONSS

EN EL maravilloso parque ubicado detrás del viejo palacio de los Papas, en Aviñón, hay en un mirador un banco desde donde se contempla el Ródano, las floridas orillas del Durance y todo un conjunto de valles y colinas, como asimismo, una parte de la ciudad.

Una tarde de Octubre ocupaban ese banco dos mujeres danesas, la viuda de Fonss y su hija Ellinor. Como habían llegado algunos días atrás a Aviñón, ya conocían bien el paisaje circundante; sin embargo seguían sin salir de su asombro, aun extrañadas de que éste fuera el aspecto de la Provenza.

Un río de aguas turbias, interrumpido, aquí y allá, por islotes de arena barrosa y de interminables orillas de ripio blanco, por llanuras y colinas grises, por caminos polvorientos y, por todas partes, casitas claras y alegres en contraste con las oscuras tonalidades de los bosques, a veces casi negros; y, dominándolo todo, un cielo blanquizco, cuya luz vibrante hacía aparecer el paisaje más pálido, más desolado y más angustioso. Era imposible hallar un solo color que fuese puro y definido; únicamente tintes débiles y descoloridos por el sol y, en el aire, ni el más pequeño ruido, ni el gemido suave de la guadaña cegando el césped; ni siquiera el rodar de algún coche sobre el camino; en la lejanía se divisaba la ciudad, que diríase construída de silencio con sus calles desiertas y tranquilas a mediodía; sus casas sordas y mudas con sus persianas y postigos cerrados, casas que no podían oír ni ver.

La señora Fonss sonreía, con resignación, ante esta triste monotonía, pero Ellinor estaba visiblemente nerviosa. No se podría decir que se encontraba excitada, ni tan siquiera irritada, sino algo abatida y lánguida como suele sentirse una persona cuando llueve incesantemente, día y noche, cuando todas las congajas llueven y se desploman al unísono sobre la tierra.

Podría decirse que este paisaje la impresionaba físicamente y sentíase desmayar ante esta sensación tan unida al recuerdo de una esperanza suya, tan lejana ya, de sueños tan dulces entonces y que ahora sólo le producían hastío y vergüenza, pero que sin embargo no lograba ahuyentar de su mente. ¿Qué relaciones recónditas existían entre todo aquello y esta región?

Aquello había sucedido en un lugar que ella conocía muy bien, no lejos del Sund, bajo el follaje pálido de las encinas, pero sin embargo, cada repliegue de esas verdes colinas y cada una de esas misteriosas casas ocultaba, tras sus postigos verdes, aquella historia. Había recibido el golpe del eterno dolor de los corazones jóvenes, había amado y había creído en su amor, pero *El*, repentinamente, se había casado con otra mujer. ¿Por qué? ¿Por qué había actuado de esta manera? ¿Qué le había hecho ella? ¿Había cambiado, acaso no era la misma de antes? Nuevamente volvían aquellas eternas preguntas.

Jamás había hablado a su madre acerca de esta aventura; su madre, a pesar de ello, había adivinado hasta el más recóndito de sus pensamientos y la había rodeado de solícita ternura. Ella había comprendido también que Ellinor podría haberse quejado de esta vigilancia materna que nada ignoraba y a la que no le estaba permitido saber nada; era por eso que ella había encontrado necesario este viaje, cuyo propósito era buscar el olvido.

La señora Fonss no necesitaba someter el rostro de su hija al suplicio de una exploración indiscreta para conocer el curso de sus pensamientos; bastábale observar aquella manito nerviosa, extendida con tanta desesperación sobre el respaldo del banco, agitándose sin cesar, como un hombre afebrado que se revuelca en su lecho quemante; sólo eso, sólo ver esa mano le era suficiente para apreciar la intensidad de la mirada de aquellos ojos jóvenes, hastiados ya de la vida, y también, para intuir el temblor que debía estar desfigurando los finos rasgos de su rostro atormentado, tan pálido por el sufrimiento, y, al mismo tiempo, cuán enfermizamente se marcaban, bajo la piel blanca y virginal, las azules venas de las sienes.

La señora Fonss sufría terriblemente con el dolor de su pobre hija y ella hubiera deseado tanto estrecharla contra su pecho para decirle todas las palabras dulces y consoladoras que se le vinieran a la mente, pero ella era de aquellas personas que creían firmemente que había ciertas tristezas nacidas para morir en secreto. Además temía hacer sufrir a su hija abriendo los caminos a la confianza, pues Ellinor habría tenido que avergonzarse ante ella, cosa que por ningún motivo deseaba. Alegrábase de descubrir, en la fría resignación de su hija, su misma fuerza de carácter.

Una vez, hacía ya mucho, mucho tiempo, cuando ella era una muchacha de 18 años, había amado con toda su alma, con todas las fibras de su ser, con todos sus anhelos y espe-

ranzas, pero su deseo no se había realizado. El sólo podía ofrecerle un corazón leal, deseoso de someterse a la prueba de un largo noviazgo, pero en la familia de ella existían motivos que hacían imposible esta espera. Había aceptado, pues, al hombre que le habían presentado. Habían nacido los hijos, Tage, el muchacho, quien también tomaba parte en el viaje y la hija sentada a su lado. Su desgracia había sido menos cruel que lo que había esperado y aquella unión había resultado bastante soportable. Su esposo había muerto ocho años después del matrimonio y llevaba el luto sinceramente, pues había terminado por apreciar ese temperamento distinguido y fino, exclusivista y enfermizo, para quien sólo tenía importancia lo que le atañía a él y a su familia directamente, despreciando todo lo demás.

Después de enviudar se había dedicado a vivir para sus hijos, pero sin enclaustrarse con ellos, sino participando en todas las distracciones mundanas, lo cual era muy natural, tratándose de una viuda tan joven y tan rica; actualmente, su hijo tenía 21 años y ella misma bordeaba los 40. Era hermosa todavía; en su abundante cabellera castaña no aparecían aun las primeras hebras de plata, ni la menor arruga circundaba sus grandes y bondadosos ojos y su cuerpo era todavía esbelto. Los finos y bien delineados rasgos de su rostro estaban realzados por el color de su piel, que los años habían suavizado aun más; una sonrisa llena de dulzura vagaba siempre sobre sus bien dibujados labios; resplandecía en sus ojos oscuros, húmedos de bondad y ternura, una juventud llena todavía de promesas. Sin embargo, su robusto mentón y sus mejillas llenas y firmes, delataban a una mujer de edad madura.

— Creo que viene Tage, dijo la señora Fonss a su hija, al oír risas y exclamaciones en danés, al otro lado del espeso cerco de arbustos.

Ellinor se rehizo, volviendo a la realidad.

Apareció Tage con los Kastager, el comerciante Kastager, de Copenhague, acompañado de su hermana y de su hija; la señora Kastager guardaba cama, enferma, en el hotel.

La señora Fonss y Ellinor cedieron parte del banco a las damas, en tanto que los caballeros intentaron conversar un momento de pie, pero pronto se dejaron tentar por el rústico muro de piedra que rodeaba la terraza; permanecieron sentados allí, conversando nada más que lo indispensable para no quedar en completo silencio; los recién llegados se encontraban fatigados aun por la pequeña excursión hecha en ferrocarril al través de la Provenza llena de rosas floridas.

— ¡Hola! exclamó Tage, dando un golpe sobre su pantalón claro. ¡Miren!

Todos se dieron vuelta.

A lo lejos, en el paisaje gris, se veía elevarse una nube de polvo, sobre la cual era posible distinguir una gran capa de viaje y entre ambas aparecía un caballo.

— Ese es aquel inglés del cual estaba hablando y que ha llegado hace poco—dijo Tage a su madre— ¿ha visto usted, alguna vez, montar a caballo en esa forma?—agregó dirigiéndose a Kastager.—Me recuerda a los gauchos.

—¿Mazeppa?—preguntó Kastager titubeando.

El jinete había desaparecido. Todos se pusieron de pie para encaminarse hacia el hotel.

Los Kastager y los Fonss se habían encontrado por primera vez en Belfort y como tenían que seguir el mismo itinerario a través del sur de Francia, habían viajado juntos hasta el momento. Actualmente las dos familias se hallaban en Aviñón, la familia del comerciante por culpa de las várices de la señora Kastager y los Fonss por causa de Ellinor que necesitaba reposo.

Tage estaba encantado de esta vida en común y cada día se sentía más perdidamente enamorado de la gentil Ida Kastager; la señora Fonss no se entusiasmaba tanto, pues a pesar que Tage era muy serio y responsable para su edad, no tenía ningún apuro en casar a su hijo todavía, además que existía ese famoso señor Kastager!

No cabía duda que Ida era una buena chica y la señora Kastager una persona muy bien educada y de buena familia; en cuanto al comerciante mismo, era éste un hombre adinerado, eficiente y bueno, pero a pesar de todo, algo ridículo; todos los labios reprimían una sonrisa y todos los ojos pestañeaban con malicia cuando se nombraba al comerciante Kastager; aquello se debía a su temperamento fogoso y extraordinariamente entusiasta, a sus modales cordiales y ruidosamente expresivos, y todos sabemos con cuánta discreción debe usarse el entusiasmo en el trato con los vecinos. La señora Fonss no podía soportar la idea de que el nombre del suegro de Tage produjera, en quienes lo escuchaban, una sonrisa en los labios y un asomo de burla en los ojos; se mostraba, pues, algo fría hacia esa familia, lo que entristecía mucho al enamorado Tage.

Al día siguiente en la mañana, Tage y su madre fueron a visitar el pequeño museo de la ciudad. Encontraron el portón abierto, pero todas las puertas de las salas de exposi-

ción cerradas; tocar el timbre resultó infructuoso. Sin embargo lograron entrar al pequeño patio que estaba rodeado de arcos recién pintados de blanco, sostenidos por pilares unidos entre sí por barras de fierro negro.

Caminaron observando los objetos de arte arrimados a los muros: lápidas, trozos de sarcófagos, una estatua acéfala cubierta por un velo; dos vértebras dorsales de ballena y una colección de adornos arquitectónicos.

Sobre todas estas maravillas era posible apreciar huellas frescas de brochazos de pintura.

Habían vuelto al punto de partida.

Tage subió corriendo por la escalera para cerciorarse si había gente en los corredores de los altos y la señora Fonss se dedicó a pasearse bajo la arquería. Al caminar hacia la puerta se enfrentó a un caballero alto, barbudo, de tez bronceada; tenía un guía en la mano y después de haberse dado vuelta repetidas veces, miró hacia adelante y la divisó; de inmediato recordó al inglés de la víspera.

— Perdón, señora... — dijo titubeando, a guisa de saludo.

— Soy forastera, — respondió la señora Fonss —; parece que no hubiera nadie en toda la casa, pero mi hijo acaba de subir para ver si...

Estas palabras fueron dichas en francés; al mismo tiempo, Tage regresaba de los altos.

— Anduve por todas partes, — dijo él —; incluso me metí a un departamento, pero sin resultado, no hay un ser viviente.

— Veo, — dijo el inglés, hablando esta vez en danés, — que tengo el placer de encontrarme con compatriotas.

Saludó otra vez y retrocedió algunos pasos, para dar a entender que aquellas palabras habían sido dichas únicamente para que supieran que entendía lo que ellos hablaban; pero, de súbito, se acercó a ellos visiblemente conmovido. Y con voz tierna, dijo:

— Pero, si no me equivoco, la señora Fonss y yo somos antiguos conocidos.

—¿No es usted Emilio Thorbroger? — preguntó la señora Fonss, extendiéndole la mano.

El tomó aquella mano que le pasaban.

—¡Sí, yo soy, — dijo alegremente, — y es usted!

Los ojos se le llenaron de lágrimas al mirarla. La señora Fonss le presentó a su hijo Tage; el muchacho no había jamás oído el nombre de Thorbroger, pero no pensó mayormente en ello; únicamente le divertía que el gaucho resultara ser danés,

e, interrumpiendo un silencio que ya era imprescindible romper, no pudo dejar de observar:

— Y yo que aseguraba ayer que parecía usted un gaucho.

Thorbroger contestó que eso era casi efectivo; había vivido durante veintiún años en la Pampa, pasando más a caballo que a pie en el transcurso de esos años. Más tarde había vuelto a Europa; después de vender sus tierras y sus rebaños de corderos, volvía al viejo mundo que lo había visto nacer; confesaba, no sin cierta vergüenza, que encontraba, a veces, bastante aburridos estos viajes de placer.

¿Tendría acaso nostalgia de las grandes praderas?

No, no eran precisamente los países que había dejado los que echaba de menos; eran, según creía, sus quehaceres diarios.

Había transcurrido ya cierto tiempo cuando llegó el guardia, congestionado y jadeante, con algunas matas de lechugas bajo el brazo y un puñado de rojos tomates en la mano; hizo pasar a los visitantes a la pequeña sala de pintura y si no pusieron mucho interés en las nubes amarillentas de los cielos lluviosos de Vernet y en sus aguas negruzcas, en cambio se impusieron de muchos detalles de sus propias vidas durante los tan largos años que habían pasado desde su separación.

Era él, el hombre que ella había amado otrora. Los días siguientes se vieron continuamente y como los que los rodeaban se daban cuenta que amigos tan antiguos tendrían una infinidad de cosas que contarse les dejaban solos lo más posible. Durante aquellos días, ambos comprendieron luego que a pesar del cambio operado en ellos en el transcurso de los años, los corazones permanecían fieles.

Tal vez él fué el primero en darse cuenta de ello, pues todos los impulsos de su juventud, toda su afectividad y todos sus arrestos poéticos se apoderaron súbitamente de todo su ser, causándole un verdadero dolor; el hombre maduro se rebelaba al ver cómo se iban, de golpe, toda su tranquilidad y la confianza en sí mismo que había adquirido después de tanto tiempo; deseaba un amor distinto, lo deseaba más tranquilo y más digno.

En cuanto a ella, no se sentía más joven, pero dentro de su alma sentía como si un torrente de lágrimas, que hubiese interrumpido su curso un instante solamente, había roto sus diques volviendo a brotar más potente todavía; poder llorar era para ella un placer inefable, un alivio inmenso y la vista de sus lágrimas le producía una sensación de riqueza interior, como si la hubiesen tornado más digna de ella misma junto a todo lo que la rodeaba y eso era en suma una sensación de juventud.

Días más tarde, una noche, la señora Fonss se había quedado sola en su departamento. Ellinor se había retirado temprano a su dormitorio y Tage había ido al teatro con los Kastager.

La señora Fonss estaba sentada en su aburrida pieza de hotel y soñaba en la penumbra producida por unas velas; después de cierto tiempo, sus sueños habían terminado por detener su interminable ir y venir y la comenzaba a invadir el cansancio, un cansancio dulce, lleno de un bienestar que se extendía sobre ella como sucede en el momento en que los recuerdos felices se adormecen en el alma.

Sin embargo, no podía permanecer allí mirando el vacío, sin un libro que leer y había que esperar todavía toda una hora para la salida del teatro; se dedicó, entonces, a caminar en su dormitorio y se detuvo ante un espejo para arreglar sus cabellos.

Podría bajar a la biblioteca para mirar los periódicos ilustrados; no habían unca nadie a esa hora de la noche. Se puso sobre los cabellos un gran velo de encaje negro y bajó.

La sala de lectura estaba desierta. La pieza, bastante pequeña y repleta de muebles, estaba exageradamente alumbrada por media docena de grandes mecheros de gas; hacía allí un calor excesivo y la atmósfera se hallaba pesada por la sequedad ambiente. Dejó deslizar el velo sobre sus hombros. El calor llegaba a producir vértigo. Lentamente, buscando apoyo en alguna parte, levantó el brazo hacia un cántaro de bronce grande y pesado que se encontraba sobre una consola arrimada al muro y lo tomó del borde lleno de ribetes labrados. Era muy cómoda esa posición y el bronce resultaba agradablemente fresco para su mano. Comenzó a sentirse muy bien de esta manera y la vida se le antojaba un bello y resplandeciente amanecer. Esta euforia la exaltaba hasta hacerla sentirse poseída de una ansiedad ardiente y turbadora, semejante a la inquietud febril que suelen producir los viajes.

Permaneció largo tiempo allí, absorta por sus pensamientos y olvidada de todo. Luego, súbitamente, le pareció que el silencio de la sala se fundía al murmullo interminable de las llamas de los mecheros a gas. Retiró entonces su mano del jarrón y se puso a hojear una revista. Oyó, tras la puerta, pasos que se alejaban para luego acercarse y Thorbroger entró.

Se saludaron con palabras banales, pero como ella parecía distraída por la lectura de la revista, Thorbroger comenzó también a hurguetear algunos periódicos que allí había; todo

esto, sin embargo, no le interesaba mucho, pues, al levantar la vista, la señora Fonss se encontró con la interrogante mirada de Thorbroger fija sobre su persona. Parecía querer decir algo y la expresión nerviosa y decidida de su boca expresaba con claridad las palabras que iba a pronunciar; instintivamente como para reprimir las palabras ya próximas, le pasó por encima de la mesa una revista con el pretexto de mostrarle unos jinetes de las pampas arrojando el lazo a unos toros salvajes. El estuvo tentado de bromear acerca de la ingenuidad del dibujante que así interpretaba el arte de lacear; era tan fácil hablar de todo esto, cuando sus pensamientos se hallaban tan lejos; sin embargo, rechazó la revista con un movimiento brusco, e inclinándose sobre la mesa, dijo:

— He pensado tanto en usted desde nuestro encuentro, hace mucho, en Dinamarca; en todas partes donde he estado desde entonces, siempre he pensado en usted. La he amado siempre y, cuando a veces, llego a pensar que solamente la amo ahora después de habernos encontrado de nuevo, sé que me estoy mintiendo a mí mismo, pues la he amado siempre, siempre la he adorado, ¡oh!, cuánto la he amado! Y si fuese posible que usted fuera mía ahora, no puede imaginarse cuán grande sería mi dicha, si usted que me fué robada, durante tan largos años, volviera a mí!

Permaneció un momento silencioso y luego se levantó y se acercó a ella:

— ¡Oh! pero dígame usted algo!... Héme aquí pronunciando palabras ciegas, como si hablara con un intérprete, a un extraño encargado de repetir mis palabras al corazón a que me dirijo, ... héme aquí, pensando cada palabra, ignorando si estoy lejos o cerca de usted, no atreviéndome a expresar la adoración que siento por usted. Puedo atreverme, quizá?

Se dejó caer sobre una silla, a su lado.

— ¿Podría atreverme? No tendría yo que temer nada? ¡Oh! ¿es realmente usted Paula?... ¡Que Dios te guarde!..

— Nada podrá ya mantenernos separados por más tiempo, dijo ella colocando su mano en las de él; suceda lo que suceda, tengo derecho un día a ser feliz, a vivir una vez de acuerdo conmigo misma, a vivir mis ansias, a vivir mis sueños; jamás me he resignado y nunca creí que la vida fuera sólo deberes y vulgaridades; yo sabía, íntimamente, que la dicha existía.

Le besó la mano silenciosamente.

— Sé,—dijo, con tristeza,—que quienes me juzguen con más benevolencia, me concederán el derecho de sentirme di-

chosa al saberme amada por tí, pero también juzgarán que eso debiera bastarme.

— ¡Pero a mí aquello no podría jamás satisfacerme y no tienes derecho de abandonarme de esta manera!

— No,—dijo,—no.

Algunos momentos más tarde, subió al departamento de Ellinor.

Ellinor dormía. La señora Fonss se acercó a la cama y contempló la pálida faz de la niña cuyos detalles difícilmente podía distinguir con la débil luz de la lamparita.

Debía esperar a causa de Ellinor; en algunos días más se separarían de Thorbroger e irían a vivir solos a Niza; consagraría todo el invierno al restablecimiento de Ellinor. Mañana les comunicaría a sus hijos lo que había sucedido y lo que debían de esperar de aquí en adelante. Que lo interpretaran como quisieran. Pero le era imposible continuar viviendo, día a día, con ellos y al mismo tiempo separados por este secreto. Era necesario, también, darles tiempo para habituarse a esta nueva situación, ya que una separación entre ellos se hacía inevitable y esta sería mayor o menor según como encararan el asunto. A sus hijos les correspondería decidir cuáles serían las relaciones de ellos con ella y él. No pediría nada, aceptaría sus condiciones.

Oyó caminar a Tage en el salón y fué a su encuentro.

Estaba tan alegre y al mismo tiempo tan nervioso, que la señora Fonss pensó al momento que algo sucedía, algo de que por lo demás ella sospechaba un poco. Pero Tage deseaba encontrar un pretexto para contar lo que pasaba sobre su corazón y habló detalladamente acerca del teatro; fué sólo cuando sintió la mano de su madre sobre su frente que levantó hacia ella la vista y contó que había declarado su amor a Ida Kastager, cuyos labios también habían pronunciado el tan deseado *sí*.

La señora Fonss sentía la frialdad de sus propias palabras, frialdad que le era imposible ocultar (a la cual le era imposible sobreponerse); temía halagar demasiado a Tage, llevada por la emoción que la embargaba; temía que el impulso de ternura que le provocaba la confesión de Tage, fuese la mejor demostración de la confusión de sentimientos en que se encontraba al tener que, a su vez, hacer al día siguiente sus propias confidencias.

Tage no tuvo conciencia de esta frialdad. La señora Fonss no pudo reposar aquella noche, pues estaba desvelada

por la lucha interna de las emociones. Pensaba en lo extraño que había sido que se hubiesen nuevamente encontrado y que su amor fuese tan grande como en el lejano pasado... No tendría jamás el valor suficiente para exteriorizar la juventud que sentía dentro de su ser.

En la mañana del día siguiente, solicitó la respuesta de sus hijos.

Se hallaban sentados en el salón. Ella dijo que tenía algo importante que comunicarles, algo que traería para todos ellos un gran trastorno, algo que ellos estaban muy lejos de poder imaginar. Les rogó que la escucharan con mucha calma y sin dejarse arrastrar, por la primera impresión, a decir cosas de las cuales tendrían que arrepentirse en seguida; debían saber también que lo que tenía que decirles era algo ya absolutamente decidido y que todas las palabras del mundo no cambiarían tal decisión.

— Me volveré a casar,—dijo, y contó cómo había amado a Thorbroger antes de conocer a su padre, cómo había estado separado de él y cómo se habían encontrado ahora.

Ellinor lloraba; Tage habíase puesto de pie, extraviado, se había acercado a su madre con la cara trastornada y, arrodillándose, tomó su mano oprimiéndola histéricamente contra su mejilla, sollozando y casi sofocado por la emoción.

— ¡Oh! madre, dinos, madrecita adorada, ¿qué te hemos hecho? ¿No te hemos querido siempre, cerca de tí y lejos de tí? ¿No te hemos, acaso, adorado como nuestro más preciado tesoro? Únicamente a través de tí hemos conocido a nuestro padre, fuiste tú quien nos enseñaste a amarlo y si Ellinor y yo sentimos tanto cariño el uno por el otro, no es sino porque tú cada día nos hiciste ver lo que en cada uno de nosotros merecía ser querido. ¿Y no ha sido igual para cada persona con quien nos hemos encariñado? ¿No nos viene de tí todo lo que tenemos? Nos has dado todo y te adoramos, madre, ¡ah! si tú pudieras saber... no puedes imaginar cuántas veces nuestro amor por tí deseaba rebalsarse y, franqueando todos los límites, elevarse hasta tí. Pero eres tú quien también nos has enseñado a contener nuestro amor y nunca nos hemos atrevido a acercarnos a tí tanto como lo hubiésemos deseado ardientemente. Y ahora nos dices que quieres separarte completamente de nosotros, que deseas dejarnos a un lado. ¡Pero si es imposible! Quién sintiera por nosotros el odio más profundo, no podría desearnos un daño mayor, y tú no sientes un odio profundo por nosotros, es, al contrario, nuestro bien el que deseas, ¿verdad? ¿Cómo entonces, puede ser po-

sible?... ¡Dílo luego! Dí que no es verdad; dinos: «No, Tage mío, no era verdad; no, mi Ellinor querida, no era verdad!»

— ¡Tage, Tage!, vuelve en tí; no lo hagas aun más difícil para tí mismo y para nosotros.

Tage se levantó.

— ¡Difícil!, dijo, difícil, difícil. ¡Oh!, si sólo fuera difícil! Pero es algo terrible, monstruoso; enloquece sólo pensar en ello. ¿Sospechas, acaso, los pensamientos que fluyen de tus palabras? Pensar en mi madre abandonada a las caricias de otro hombre, en mi madre deseada por un hombre, en mi madre besada y besando... ¡Oh! ¡qué pensamientos son estos para un hijo! Estos pensamientos son más crueles que el más cruel ultraje... Pero es imposible, debe ser imposible, tiene que ser, los ruegos de un hijo deben ser lo suficientemente poderosos... ¡Ellinor! no te quedes allí llorando; ven a ayudarme a rogar a nuestra madre que tenga piedad de nosotros.

La señora Fonss le hizo una seña a su hija, indicándole no moverse, y agregó:

— Deja a Ellinor en paz; no necesita encima esta nueva preocupación; además creo haberles manifestado que mi decisión es irrevocable.

— ¡Ah! si pudiera morirme, dijo Ellinor; sin embargo, todo lo que ha dicho Tage es verdad, madre: no puede ser justo que a nuestra edad tú nos des un padrastro.

— ¡Padrastro!—exclamó Tage—espero que él no se atrevera ni un solo instante... ¡Te has vuelto loca! Pero si nunca estaremos en el mismo lugar donde él esté. Ningún poder humano podría forzarme a tener la más mínima relación con ese personaje. Es a nuestra madre a quien corresponde elegir entre él y nosotros. Si el matrimonio vive en Dinamarca, nosotros nos exilaremos voluntariamente, y si permanece aquí, nosotros nos iremos.

— ¿Esta es tu verdadera decisión, Tage?—preguntó la señora Fonss.

— ¡Pero no debes dudarle ni un solo instante! ¡Imagínanos a todos en familia! Imagina a Ida y a mí sentados en la terraza al claro de luna, oyendo cuchichear detrás de los setos de laurel; Ida me preguntaría qué son esas voces, y yo tendría que responderle: «Es mi madre y su nuevo esposo»... ¡Ah!, es verdad, no debiera haberte dicho todo esto, pero tú ves en que estado de excitación me ha dejado esta noticia... y puedes estar bien segura que Ellinor no habrá de sentirse mejor.

La señora Fonss dejó que se fueran sus hijos y se quedó sola. Comenzó a comprender la satisfacción que sentiría de ser muy vieja; no porque ella lo deseara, sino más bien porque la idea de ser vieja le sonreía como una promesa de paz lejana, ahora que tanto odio crecía en torno a ella.

Lo mejor que podía hacer era alejar de allí inmediatamente a Thorbroger.

Este alejamiento pareció no servir de nada en un comienzo. Tage y Ellinor evitaban la presencia de su madre. Tage pasaba su tiempo con Ida o con el padre de ella, Ellinor pretendía siempre tener que acompañar a la señora Kastager, que convalecía, y si alguna vez se encontraban reunidos, qué lejana se hallaba su antigua intimidad, y su antigua confianza recíproca, y lejos también los innumerables temas sobre los cuales gustaban conversar otrora! Y si, casualmente, encontraban algo que decir, ¿qué se había hecho el interés de lo que estaban diciendo?... Ellos conversaban como personas que han gozado un momento de mutua compañía y que pronto se van a separar; los visitantes que luego emprenderán la partida sólo piensan en el cambio próximo y los que se quedan sólo piensan en la acostumbrada vida tranquila que reanudarán después que se hayan ido los invitados.

Los días transcurrían trayéndoles a los muchachos el olvido de lo que su madre había constituido para ellos; los niños a los cuales se les hace algún daño son siempre así: por una sola injusticia olvidan mil bondades.

Tage era el más delicado, pero era también el que había recibido más profundamente la herida, pues era él quien había amado más a la madre. Durante largas noches había llorado por esta madre que no podía conservar toda para él como lo hubiera deseado y, algunas veces, el recuerdo de cuanto lo había querido su madre casi ahogaba en él cualquier otro sentimiento. Un día habíase acercado a ella y le había rogado y suplicado que se quedara con ellos, con ellos solos y con nadie más, y ella había dicho que nó; ese «no» lo había colmado de amargura y frialdad, y los días siguientes estuvo aterrizado del espantoso vacío que se unía a esta frialdad.

Ellinor portábase de manera muy distinta; su reacción había sido bastante extraña; lo que más la había afectado era el insulto a su padre y habíase puesto a rodear su memoria de una adoración mística; apenas tenía un vago recuerdo de él, pero en cierta forma era como si su padre hubiese vuelto a vivir enteramente para ella.

Los días pasaban uno tras otro y esta vida hacíase cada vez más insoportable; los tres dábanse perfecta cuenta de que su intimidad en lugar de unirlos los alejaba cada vez más a unos de los otros.

La señora Kastager, restablecida por fin, no se había inmiscuído en este asunto; pero sin embargo estaba muy al tanto de todo, pues todo se le había contado. Había tenido una larga conversación con la señora Fonss, quien se sentía consolada de encontrar por fin a una persona siquiera que supiera escuchar con calma su manera de enfrentar el porvenir. Durante esta conversación, la señora Kastager había propuesto llevarse a los muchachos a Niza con ella. Entretanto, Thorbroger volvería a Aviñón donde se celebraría la boda. Kastager se quedaría en Aviñón para servir de testigo.

La señora Fonss titubeó largo tiempo, pues no lograba conocer la opinión de sus hijos. Habían recibido la noticia con un altanero silencio y, como se les exigía una rápida respuesta, habían contestado sencillamente que tendrían que conformarse con las decisiones de su madre.

Todo ocurrió como lo había planeado la señora Kastager. La señora Fonss se despidió de sus hijos y se separaron. Thorbroger volvió a Aviñón y se celebró el casamiento.

Se radicaron en España. Thorbroger había elegido ese país con el fin de dedicarse a la crianza de ganado. Ninguno de los dos deseaba regresar a Dinamarca. Vivían, pues, felices en España. La señora Fonss escribió dos o tres veces a sus hijos, pero éstos, aun heridos por el abandono, devolvieron las cartas sin abrirlas.

Más tarde, sin duda, se arrepintieron, pero nunca quisieron llegar al extremo de confesárselo a su madre; ni siquiera quisieron escribirle; fué así como cesaron todas las relaciones entre ellos. Sin embargo, de vez en cuando, tuvieron, indirectamente, noticias los unos de los otros.

Durante cinco años Thorbroger y su mujer vivieron felices; repentinamente ella cayó enferma. Esta enfermedad debía consumirla rápida e infaliblemente. Hora tras hora sentía disminuir sus fuerzas, y un día, cuando ya la muerte estaba próxima, ella escribió:

«Mis queridos hijos:

»Estoy segura que leeréis esta carta, ya que cuando la recibáis yo estaré muerta. Nada teman: estas líneas no contienen ni un asomo de reproche; sólo deseo poner en ellas todo mi amor. Cuando los seres se aman, mi Tage y tú, mi

Ellinor, mi querida y pequeña Ellinor, debe humillarse quien más ama y es por eso que vuelvo nuevamente hacia vosotros, así como en mis pensamientos soy vuestra en cada minuto del día y lo seguiré siendo tanto tiempo como me reste de vida.

»¡Ah! mis queridos niños, cuán miserable se es a la hora de la muerte! Me siento tan abandonada por este mundo resplandeciente que hasta este momento y durante tantos años fué mi hogar alegre y querido, y del cual voy ahora a estar privada; mi silla permanecerá vacía, tras de mí se cerrará la puerta y nunca más pisaré el umbral de mi casa. Por eso miro todo lo que me rodea con ojos implorantes de amor; por eso vengo hacia vosotros suplicando que me amen con todo el amor que sintieron antes por mí, pues, sépanlo bien, todos los tesoros del mundo no existen para mí si no en el recuerdo de los seres vivientes; es solamente allí donde puedo compartíroslos; no seré sino un recuerdo, sí, nada más que un recuerdo.

»Jamás dudé de vuestro amor; me daba perfecta cuenta que era vuestro inmenso amor la causa de vuestra cólera; si me hubiérais querido menos, me habríais dejado partir sin tanto odio en el corazón.

»Y por eso quiero decirles que si un día un hombre enlutado, doblegado por el dolor, se presentara ante ustedes a hablarles de mí, para mitigar su dolor, recuerden que nunca nadie me amó con amor igual y que toda la dicha que puede irradiarse de un corazón hacia otro, ha pasado de él hacia mí. Pronto ya, en la hora solemne y suprema, será él quien me sujete la mano en el momento que penetre en la noche infinita, y su voz será la última voz que escuchen mis oídos.

»Adiós os digo en esta hora, pero no es el adiós supremo; mi último adiós lo diré tan tarde como pueda, mientras me reste aun un poco de fuerza; en él estará todo mi amor, toda mi nostalgia de los años ya idos, los recuerdos del tiempo en que vosotros erais pequeños, y también para vosotros los infinitos deseos de felicidad y la gratitud por mis alegrías de madre.

»¡Adiós Tage! ¡Adiós Ellinor! ¡Adiós, hasta el último adiós!

»Vuestra madre.»

SALUDO A LEÓN FELIPE

CUANDO al promediar la otra década dejamos a este poeta en Madrid para venirnos a Santiago, estábamos lejos de imaginar que transcurrirían doce años antes de que volviéramos a verlo aquí.

Entonces León Felipe preparaba su regreso a México con gran sentimiento de sus amigos de la Península, que acababan de publicar en su homenaje una Antología inicial de su obra poética.

Con ella pasa enseguida el romero castellano a Panamá en cuya Universidad encárgase de dictar un curso de literatura española. Dictándolo estaba, entre plácemes de profesores y estudiantes, que lo hacen doctor honoris causa, cuando lo sorprende — si puede usarse tal palabra tratándose de un hombre tan lúcido como León Felipe — la traición de los generales rifeños, visires de Hitler y Mussolini.

A pesar del nombramiento de ministro o embajador que le manda la República, León Felipe abandona en el acto la cátedra. Su memorable discurso de despedida que, para mayor escarnio, titula en inglés *Good bye, Panama*, significa una profunda escisión en su vida y en su obra. Hemos glosado en su oportunidad dicho discurso en nuestro libro *Chicos de España*. Por tanto, sólo agregaremos ahora que aquella escisión data en verdad de algunos años atrás. Su verdadero sentido profético alcanza expresión definitiva en un comentario a *Drop a Star*:

«Por hoy y para mí, la poesía no es más que un sistema luminoso de señales. Hogueras que encendemos aquí abajo, entre tinieblas encontradas, para que alguien nos vea, para que no nos olviden. ¡Aquí estamos, Señor!

»Y todo lo que hay en el mundo es mío y valedero para entrar en un poema, para alimentar una fogata; *todo*, hasta lo LITERARIO como arda y se quemé.

»Y no vale menos un proverbio rodado que una imagen virginal, un versículo de la Revelación que el último *slang* de las alcantarillas. Todo buen combustible es material poético excelente.

»Sé que en mi palomar hay palomas forasteras — decía Nietzsche — pero se estremecen cuando les pongo la mano encima.

»... Y que no diga ya nadie: esta fórmula es vieja y extranjera y aquella otra nueva y vernácula, porque no ha habido nunca más que una sola fórmula para componer un poema: la fórmula de Prometeo.» (México, 1933)

En plena guerra civil y desde la capital del mundo en llamas, León Felipe continúa este flamígero derrotero mediante su formidable alocución poemática *La insignia* que levanta esplendorosa polvareda entre los mismos defensores de la metrópoli del antifascismo. A *La insignia* hace pareja *El payaso de las bofetadas y el pescador de caña* con su envío a Lord Duff Cooper, jefe del almirantazgo de Inglaterra en aquel «tiempo de lobos, tiempo de espadas».

De nuevo en México, lo publica tras *El hacha*, elegía española, que sin duda es una de las notas más altas de la poesía contemporánea y no sólo de la poesía hispánica.

En vísperas de la segunda gran guerra, que no es más que la otra extendida, León Felipe añade otro título a su obra: *Español del éxodo y del llanto*, que contiene aquel desgarrador apóstrofe: «¡Miradla! Está muerta». El poeta prometeico de *Ganarás la luz* (que saldrá cinco años más tarde) toca ya el cenit de su gloria y puede tutearse naturalmente con Walt Whitman cuyo *Canto a mí mismo* incorpora en forma insuperable a nuestro idioma, feliz de poder brindar por el hombre con canciones de otras latitudes. Pues, como afirma en sus propios versículos del Prefacio:

... «(Qué alegría cuando sentimos que estos zumos extraños son nuestros también,
que nada le viene áspero ni amargo a nuestro paladar!
¡Qué alegría cuando yo averiguo que en mi pentagrama cabe la canción del cuáquero y del chino,
y que el amplio sombrero tejano me sienta tan bien como el viejo chambergo de Castilla,
que es el mismo sombrero, con más órbita!)».

Por este concepto ecuménico y su extraordinaria voz de poeta para proclamarlo *urbi et orbi* por tierras americanas, saludamos con singular cariño y respeto a nuestro viejo amigo León Felipe a su paso por Santiago en compañía de su abnegada esposa y colaboradora Berta Gamboa y le agradecemos públicamente los hermosos versos que ha tenido la gentileza de ofrecernos para este número de BABEL.

E. E.

